

DE LAS

Glorias Nacionales

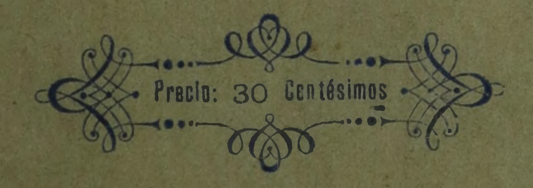
Y

las Charreteras de D. Manuel Oribe

POR

GUILLERMO MELIAN LAFINUR

ABOGADO



MONTEVIDEO

Tip. Al Libro Inglés calle Treinta y Tres, 61

1895

Los Buitres de las Glorias Nacionales

Y

LAS CHARRETERAS DE D. MANUEL ORIBE

LOS BUITRES

DE LAS

GLORIAS NACIONALES

Y

LAS CHARRETERAS DE D. MANUEL ORIBE

POR

GUILLERMO MELIAN LAFINUR

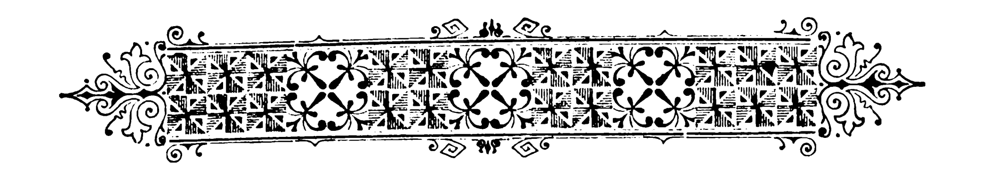
ABOGADO



MONTEVIDEO

Tip. y Enc. «Al Libro Inglés», ~~calle Treinta y Tres, núm. 61~~

1895



Los Buitres de las Glorias Nacionales

Y las charreteras de Don Manuel Oribe

I

INTRODUCCIÓN

Dos compatriotas ambos abogados y uno de ellos actualmente periodista, han tomado sobre si la tarea de pretender deshonrar algunas de nuestras grandes glorias nacionales, sublevando de una manera imprudente é injustificable los legítimos sentimientos del patriotismo, empeñándose en oscurecer y falsear la verdad, y colocando el alma de los que los hemos leido atónitos, ante la duda de si semejantes escritos merecían verdaderamente una refutación, ó solamente el más soberano desden, como se ha hecho en otras épocas, y efectivamente solo lo segundo sería lo procedente en este caso si únicamente de ideas tan estravagantes se tratara, pero como en esta clase de asuntos conviene atender á un cierto conjunto de circunstancias que unas se ven y otras no se ven, y esos errores emitidos con el deseo de que se propaguen parten de personas que gozan en nuestro país el concepto de

ilustradas; y como además pretenden basar sus opiniones atrabiliarias en documentos, aunque incompletos y que á su placer tergiversan, y en juicios completamente estrafalarios, creo por mi parte que conviene decir algo con respecto á esas diatribas contra los grandes servidores de la patria, para que á la sombra del sofisma y del partidismo no puedan hacer impunemente camino tan crasas falsedades, y para que se vea cuan infundada y cuan desleznable es la base de cieno en que se apoya el castillo de naipes que encierra tanta saña tanta injusticia y tanto personalismo antipatriótico.

Con lo que dejo dicho claramente se comprende que me refiero á un folleto aparecido ultimamente titulado los «Treinta y Tres» y á su refutación por el Dr. Cárlos María Ramírez. El folleto, un verdadero desahogo injustificable de un despecho mal comprimido, mereció desde los primeros momentos de su aparición las más severas censuras y las más justas protestas, aunque al parecer no se consideró que mereciese se hiciera de él una refutación màs completa, sinó simples rectificaciones parciales. De los artículos del Dr. Ramírez no sé que haya habido refutación ni protesta, y creo que si bien puede no merecer ni una ni otra cosa, son sin embargo esos artículos acreedores en un punto al aplauso y en otros á una terminante condenación, porque el autor en ellos se hace reo de las mismas culpas que quiere condenar en el folleto: pasión partidista ó personal, y falsedad histórica y calumniosa para la pureza de la gloria de una de nuestras mas grandes figuras nacionales, con cuyo objeto desciende á recoger el fango y

la mentira con que en el fragor de la lucha algunos escritores sin seriedad y sin respeto por los fueros de la verdad quisieron enlodar la reputación brillante de un héroe legendario.

En cuanto á mí, he creído que callar sería hacerme cómplice de un injustificable silencio, desde que tengo la convicción de que todavía queda algo por decir; y sabido es que tendría en este caso mis razones para no ocupar la tribuna de la prensa como las tengo tambien para ocuparla. Ante todo hubiera deseado que hubieran ocupado este puesto los hombres de autoridad y de competencia, cuya palabra autorizada, restableciendo la verdad, hubiera servido de enseñanza y de estímulo á la juventud, y hubiera merecido la aprobación de todos nuestros correligionarios honrados, y de las personas imparciales; hubiera deseado que me hubieran evitado este acto los predilectos de la opinión, los que tienen la suerte de caerle en gracia, los hombres que gozan de las simpatías de nuestros correligionarios, y que es en ocasiones como esta cuando deben hacerse oir y no dejar ultrajar la verdad histórica ni calumniar á los grandes ciudadanos que nos dieron patria y libertad; hubiera deseado que voces mas simpáticas, que palabras mas prestigiosas y que opiniones mas respetables que la mía se hubieran dejado oir en este caso; correspondía tambien á esos que nacieron para pretender asumir eternamente nuestra representación, á esos que invocan el partidismo para escalar posiciones públicas, el haber hecho oir su voz para defender nuestros derechos nuestra historia y los hombres gloriosos del partido cuyo nombre invocan para la satisfacción de sus menguadas ambiciones; y

he esperado que el hecho se produjera, pero viendo desde mi retiro que las protestas producidas que han llegado hasta mi, y que apruebo y aplaudo y de las que por honor de la causa ardientemente me felicité y me felicito, requieren un apéndice, al ver abandonadas la prensa y la tribuna por quienes podían producirlo, á pesar de mi insignificancia me he resuelto á tentar el tratar de llenar ese vacío, confiando en que mis correligíonarios sabrán disculpar la insuficiencia de mis fuerzas en atención al móvil que me guía: y que es la justicia que reclama la memoria atropellada de nuestros grandes próceres, de aquellos patriotas que lucharon, se sacrificaron, se empobrecieron y se inmolaron por darnos patria, libertad, dignidad, gloria é independencia.

Aun tengo que mortificarme molestando un momento la atención del lector con un detalle de caracter personal. Los vínculos de consanguinidad que me unen al autor de uno de los escritos que me propongo refutar, han debido detenerme ante la resolución de tomar la palabra en este debate, y solo una reflexión profunda ha podido resolverme en esa duda. No son de las medianías ni de los imbéciles los ejemplos que debemos recordar los humildes, sinó los de los hombres verdaderamente grandes, que son lo que legan ál mundo alguna enseñanza, y deben tomarse en cuenta los casos que puedan haber movido sus voluntades en dificultades mucho mayores: por eso se me viene á la memoria el recuerdo de aquel Bruto que sacrificó á sus hijos para consolidar la república, el recuerdo de aquel otro Bruto que al inmolar á su padre jugó su vida por la patria y por la libertad, el de aquel Guzman

que arrojó por sobre los muros de Tarifa la espada con que había de ser inmolado su hijo; la humanidad podrá condenar esos hechos, pero no ha condenado jamás los sentimientos patrióticos que los dictaron; y yo al ver sin la suficiente condenación una gran injusticia como si estuviéramos en la época del terrorismo de los Césares del decrépito imperio romano, en el cual no resonaba mas que la voz corrompida de los aduladores y de los sofistas, he comprendido y he sentido que si es fuerte la voz de la sangre y de la naturaleza, es tambien muy fuerte la voz de la verdad de la patria y de la conciencia.





II.

PROGRESO DE LAS IDEAS

Cualquiera que fije imparcialmente la atención en el movimiento de las ideas en nuestro país, que se produce también como en todas partes, pues el pensamiento ahèrrojado ó libre jamás está completamente inmóvil, como lo prueban en diversas épocas de la historia sus explosiones ó sus efectos después de largos años de mutismo ó de esclavitud; cualquiera que con ánimo despreocupado contemple el paso que aunque penosa y lentamente se abre la verdad entre nosotros, tendrá que reconocer que una saludable reacción se viene verificando contra las opiniones de bandería que un círculo político y literario apoderado durante largos años de la propaganda en el Río de la Plata había venido imponiendo en los juicios históricos de los grandes hombres y en la exposición tergiversada de los sucesos. Los nombres ilustres de Artigas, de Don Manuel Oribe y de Leandro Gomez, han sido de los preferidos por los hombres de pensamiento del

partido colorado,—entre los que se contaba el conservador Juan Cárlos Gomez,—para hacerlos víctimas de su criterio sofístico y calumnioso, engendrado al calor de la pasión de partido. Tan evidente es esta justa y provechosa reacción que el mismo Doctor Ramírez que ha declarado haber sido amamantado en la más feroz intransigencia contra el General Artigas ha demostrado su conversión coleccionando en forma de libro sus artículos en favor del héroe, aunque aún conserva sus odios partidistas con respecto á la personalidad del héroe de Ituzaingó, y guarda un silencio poco patriótico en cuanto al defensor inmortal de Paysandú.

Y digo que tan evidente es la fecunda reacción en el órden de las ideas histórico - políticas, que hasta el terrorismo de la dominación colorada que unas veces ha mantenido á este desgraciado país en un mutismo absoluto y otras como ahora ha limitado la libertad del pensamiento á una tolerancia y á una concesión más ó menos elástica, no ha considerado oportuno coartar por medio de lafuerza bruta de que dispone, manifestaciones tendentes á honrar la gloriosa memoria de altas personalidades del partido blanco-nacional,como sucedió en 1884 con las honras fúnebres tributadas á las cenizas venerandas de Leandro Gomez y como aconteció en Noviembre del año pasado con el homenage que se tributó á la esclarecida memoria del General don Manuel Oribe. Parece pues que hasta los gobiernos colorados siempre tan bàrbaramente celosos de su poder como los tiranos á lo Pigmalión, y que hasta hace poco se inquietaban al oir pronunciar el nombre de un prócer fallecido hace 37 años, han comprendido

al fin que no puede ni debe imponerse el silencio ante el recuerdo de los grandes servidores de la patria. Pero por lo visto la claridad que se ha reflejado sobre la astucia de un Máximo Santos ó las conveniencias de un don Juan Idiarte Borda, ha encontrado cerrada la claraboya para llegar hasta donde elaboran sus diatribas el folleto «Los Treinta y Tres» y el folletinista de *La Razón* Don Cárlos María Ramírez.

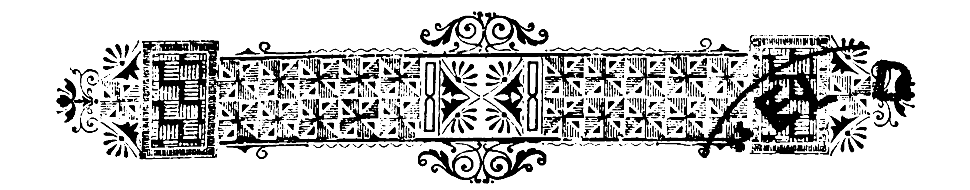
Pero ¿sera que hablarán esos escritores prosa sin saberlo? Ellos, constitucionalistas, los apóstoles de la extinción de los partidos tradicionales, recogiendo el lodo inmundo acumulado en los periodos álgidos de pasadas luchas para pretender arrojarlo á la memoria de los grandes servidores de la patria. Ellos, los pretendidos progresistas y servidores de nuevas ideas renovando argumentos gastados ya de puro falsos y calumnias pasadas de moda de puro viejas. Ellos, anatematizadores del pasado anhelando derribar los partidos tradicionales, á lo menos al blanco, y al mismo tiempo pretendiendo mantener odios y pasiones que el progreso de la razón públíca declara injustos é infundados. Semejante actitud me recuerda la narración que un médico hacía de un loco, que creyéndose un gran ingeniero, pretendía derribar un hermoso palacio y conservar incólume el escusado. Pero acaso¿ no es verdaderamente causa de estrañeza el ver á estos severos catones paganos, fundador del partido radical el uno y pretenso fundador del partido liberal en sociedad con don Setembrino Pereda el otro, pretendiendo detener la marcha racional de las ideas polítícas, y manifestarse mas reâlistas que el

rey, mas colorados que don Máximo Santos y mas reaccionarios que don Juan Idiarte Borda ?

Además el absolutismo de sus juicios, la creencia que tienen de que solo ellos poseen documentos que autoricen á terciar en estos debates, las pretensiones sin límites que los embargan y que les hacen creer qué solo ellos tienen el criterio acertado para tratar esas cuestiones, hacen necesario como he dicho antes un apéndice á las justas protestas que han arrancado tan estrafalarios juicios; y como asi como ellos con un dato trunco ó con un papel cualquiera pretenden poder imponer sus sofismas á sus conciudadanos, podria mañana algun pretendido historiador futuro tomar tambien en cuenta esos papeluchos; previendo ese caso he creido por mi parte que debia concurrir á que el escritor que esos pasquines recogiera se encontrase tambien con la protesta hasta de quien para consignarla ha tenido que salvar la valla de respetables vínculos, que si no sirvieron de escusa para su silencio fué en razon de las proporciones y de la saña de la falsedad y de la diatriba-Gentes que hablan de lo que no saben, llama el folleto á las personas sensatas, ó sea la generalidad, que no comparten sus estravagancias; turiferarios llama el apendice de ese desgraciado folleto á los escritores del « Defensor de la Independencia Americana » que como es notorio fué redactado por plumas como las de Don Eduardo Acevedo y Don Bernardo Berro y el mismo don Antonio Diaz á quien elogian despues porque asi les conviene; soñadores y delirantes llama el otro escritor, constitucionalista-herrerista, á los que concedemos el merecido recuerdo de la posteridad á los grandes ar-

quitectos que levantaron el edificio de nuestra nacionalidad gloriosa.– En el curso de estas páginas vamos á tratar de ver quienes son los que sueñan y los que deliran, pero desde ya podemos adelantar que en cuanto á lo que á nosotros toca, si alguna vez hemos soñado ó delirado jamas nuestros sueños nos han llevado á una permanente inconstancia política, jamás nuestros sueños nos han llevado à una variación continua de ideas, semejando la veleta que gira al impulso de los vientos de la vanidad de la ambición ó del interés, ó se deja arrancar por el huracan que arrastra las ramas podridas del árbol, pero que es impotente con el robusto tronco que se mantiene firme ante sus amagos; jamas nuestros sueños y delirios nos han llevado á ser secretarios de ningun execrable asesino, jamas nuestros delirios nos han llevado á sancionar el inicuo fraude electoral con el cual se viene engañando la credulidad y agotando la paciencia de este desventurado pueblo, y por último jamás nuestros sueños y delirios nos han llevado ni nos llevarian nunca á hacernos cómplices ni á sancionar con nuestra impasible presencia en el gobierno crímenes nefandos como el de la infausta noche del 11 de Octubre de 1891.





III.

LA DIATRIBA.

El folleto los «Treinta y Tres» que tiene por objeto denigrar nuestras glorias nacionales falseando la historia, es estrafalario hasta en su forma. Se compone de veinte y cuatro páginas de testo que forman el cuerpo del escrito y de cincuenta y una de notas que talvez el autor ha agregado á titulo de esplicativas, de lo cual resulta que la enmienda es peor y mas estensa que el soneto—Los argumentos falsos y mal hilvanados estan distribuidos de manera que dan á la estraña pieza el aspecto de aspirar á un mal alegato de bien probado, y el todo resulta un artículo de crítica emponzoñada comentado por su mismo autor, con la particularidad de que el comentario es casi tres veces mas estenso que el texto principal, y crítica que para tener á donde dirijirse ha tenído que levantar un fantasma al que ha vestido y pretendido adornar de imposibles falsedades historicas, fantasma sobre el

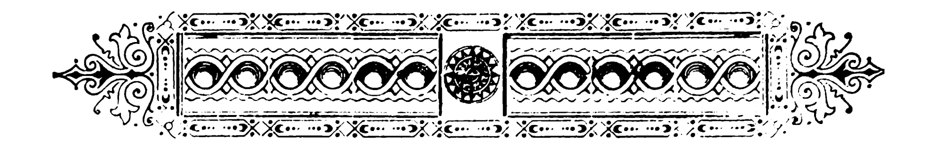
cual descarga el autor la furia de su saña y todos los pertrechos, que el cree contundentes, del arsenal que tambien considera formidable, que habia preparado al efecto. Escrito dictado por la pasión y el pernonalismo estrecho; pero elaborado no en favor de ningun partido ni de ningun sentimiento noble que pudiera en algo disculparlo, sinó unicamente con el propósito insano de deprimir nuestras grandes personalidades históricas, y con el deseo de sobreponer sobre los demas una autoridad á la que está muy lejos de poder asentir el buen sentido público, y que dificilmente puede alcanzar el que exhibe conclusiones, no hijas de la meditación y del estudio, sinó como pálido reflejo de una imitación servil de los escritores estrangeros enemigos de nuestra patria.

A pesar de su corta estension demuestra ese lamentable escrito que ha sido producido bajo distintos estados de ánimo. Al principio se nos presenta como una caricatura de Heráclito y entra demostrando desesperación rabia é inquietud; pero luego á la vez que deja entender que se ha convencido á si mismo, se sosiega un tanto, se echa para atras de pura satisfacción y se considera dueño del campo como diciendo: ¿quien le pone el cascabel al gato? Luego contento de si propio avanza en esta persuación hasta convertirse en una caricatura de Demócrito, y creyendo encontrar una víctima, á cuyo efecto elige al Dr. Dn. Francisco A. Berra, lo coloca á su placer en un sitio adecuado á su propósito, y empuñando un par de castañuelas destempladas se pone á bailar y á reir á su alrededor echándole en cara que á los cincuenta años de edad y en la cuarta edición de su libro no nos

promete todavia un Thiers para la descripción de la parte militar de la historia. Y esta es una injusticia y una imprudencia mas de parte de ese folleto que ha debido mas bien considerar al Dr. Francisco A. Berra como aliado en algunas de sus detracciones á nuestros héroes históricos, pues el Dr. Berra pertenece tambien como él al número de los que continuan imitando á los sucesores ó continuadores del cónclave oligárquico que tuvo por sumo pontífice á Don. Pedro Feliciano Cavia.

Tratándose de un escrito que sigue semejantes corrientes escusado es decir que el General Artigas no ha de salir muy bien librado de las garras de las intenciones dañinas de que está animado ese libelo infamatorio, para el cual en su insensatez nuestro primer héroe nacional es un bárbaro inepto malo y jactancioso, Lavalleja y Oribe unos mentirosos desvergonzados, y el mediocre Zufriategui un genio y un santo, digno de desalojar á todos los anteriores del puesto que dignamente ocupan en el calendario histórico de nuestras glorias.





IV.

JUAN CÁRLOS GOMEZ Y MÁXIMO SANTOS

No repetiré aquí lo que dije en el libro que sobre los partidos orientales escribí y publiqué el año 1893, y que con estas cosas se relaciona; ni diré al respecto lo que todo el mundo sabe; pero no puedo menos que detenerme un momento ante la original encarnación que hace el folleto que nos ocupa, de los ataques á Artigas en Juan Cárlos Gomez y de la defensa del mismo en Máximo Santos.

Es verdaderamente ridículo personificar en Juan Cárlos Gomez los ataques á Artigas, como lo es personificar en Santos su defensa. Esto es falso, el criterio popular é históríco no tendrá ni á uno ni á otro como representantes de las dos escuelas que se han disputado el triunfo sobre la discutida personalidad del General Artigas. Se trata de una cuestión histórica y quiere atribuirse su representación á personas que no legaron á la posteridad ni una sola página de historia. Pase el que no sea necesaria esta última circunstancia

para que pudiera Juan Cárlos Gomez ser de alguna manera el representante de la escuela de la detracción del gran patríota. Pero ¿tenía acaso Juan Cárlos Gomez la altura moral suficiente para asumir esa representación?—¿Tenía la ilustración y la imparcialidad indispensables para convertirse en el maestro de doctrinas tan espinosas?—Eso es lo que el pasquin que condenamos no dice, y eso es lo que vamos á ver.

Dificilmente podría ser el maestro ilustrado, y dudosamente puede presentarse hoy como la autoridad que exhibe una opinión ó una doctrina fruto de la meditación y del estudio un hombre como Juan Cárlos Gomez, pura imaginación, que solo fué periodista y articulista de ocasión escribiendo sus artículos en el calor de la lucha para que respondiesen á una propaganda de circunstancias en el momento que los escribía, y que la única obra seria que legó á la posteridad fué un folleto colección de lecciones sobre derecho natural,que producido en la época de la esperiencia del mayor estudio y de las meditaciones sostenidas debió ser su mejor obra, y que sin embargo solo revela una profunda decadencia intelectual, ó talvez manifiesta la falta de erudición de buena ley que reveló siempre que se le puso á prueba, como le aconteció cuando la polémica que pretendió sostener con el ilustre é inolvidable doctor Pedro Goyena.

Como podía tener Juan Cárlos Gomez la autoridad moral indispensable para merecer sobre un punto histórico la atención de sus conciudadanos, cuando se trata de un hombre, no dominado por el deseo de la verdad sinó por el furor de la pasión partidista que en el momento de escribir le dominaba; cuando se trata

de un tránsfuga de todos los partidos, si de un tránsfuga de todos los partidos, pues el doctor Juan Cárlos Gomez fué blanco, por razones privadas y no políticas ni públicas se hizo colorado, manifestando su furor contra el partido blanco, luego se hizo conservador para atacar iracundamente á los dos partidos tradicionales, y en sus últimos años cuando el partido conservador en su evolución del 81 se convirtió en constitucionalista, Juan Cárlos Gomez volvió á hacerse colorado, declaró que el partido constitucionalista era un partido castrado, y aplaudió la actitud de don Pedro Bustamante en los clubs y de don Julio Herrera y Obes en *El Heraldo.* Ese es el hombre á quien ese folleto quiere convertir en porta-estandarte poniendo en sus manos la bandera de la detracción artiguista.

Hay además otros motivos para no admitir semejante error, y ellos son que Juan Cárlos Gomez no pudo ni puede pasar por el abanderado de esa mala causa, porque hay en esas filas detractores superiores á él en ilustración, en moralidad política y literaria, en autoridad, y en fecundidad de obras producidas, y entre ellos podemos citar al doctor don Vicente Fidel Lopez, el mas tremendo enemigo de Artigas entre todos los sucesores de don Pedro Feliciano Cavia. Á más Juan Cárlos Gomez nada agregó de nuevo á los ataques contra Artigas, solo repitió en forma inferior á otros todo lo viejo que se había dicho sobre el gran caudillo; en cambio reconoció algunos grandes méritos en su favor, lo que prueba la exactitud de lo que he dicho antes, que escribía segun el calor del momento, sin la posesión de si mismo, sin un convencimiento completo

de verdad, y sin poseer jamás el plan serio del estadista ó del verdadero político.

Juan Cárlos Gomez declara en medio de sus injurias al gran patriota, que Artigas era un bárbaro de gran talla y esta declaración debió llamar la atención del libelo y detenerlo ante su exámen, si este de examinar y de buscar la verdad y no de injuriar tratara; pero lo que la escasa filosofía del enconado panfleto no ha hecho, es de muy fácil manifestación para demostrar, siquiera de un solo rasgo, que los que invocan, y mas aún, pretenden abanderar á Juan Cárlos Gomez han debido darse cuenta al menos de esa significativa declaración. Ningún bárbaro es ni puede ser de gran talla dentro de la barbárie, y para que un bárbaro sea de gran talla es necesario que por alguna parte encarne signifique ó represente alguna faz importante de la civilización. Cuando los bárbaros derribaron el imperio romano hubo entre ellos algunos de gran talla pero era porqué ya había cundido en ellos el cristianismo, porque algunos se habían anticipado á abrazarlo con fé, con entusiasmo y con fervor, por lo cual aun acaudillando bárbaros pudieron tener gran talla, convertirse en instrumentos de una futura civilización, y asimilarse muchos elementos importantes del país conquistado. En Sud-América el inmortal don José Gabriel Tupac-Amáru acaudillando indios pudo ser de gran talla y arrojar la semilla que había de producir la independencia y la libertad del continente, porque el ilustre descendiente de los Incas con su ejemplo y con su màrtirio honró no á su raza sinó á la humanidad entera, y con su acción se colocó en el terreno de la civilización mas consciente y mas patrió-

tica al lanzarse á luchar por la libertad y la independencia de su patria, y al aspirar á una modificación política que cambiase el gobierno terrorista de los conquistadores por el gobierno propio de los hijos del suelo nativo, al amparo de las instituciones incas de sus padres, modificadas por los adelantos de los tiempos. Todo corazón americano tiene que latir con vehemencia ante su dolorosa y patriótica historia y todo hombre imparcial tiene que reconocer el gran contingente que el sacrificio de los Tupac-Amáru proporcionó á la gran causa de la independencia de la América. Y al declarar Juan Cárlos Gomez en medio de sus ultrages que Artigas era un bárbaro de gran talla ha reconocido paladinamente que la figura del gran gefe estaba ligada por mas de un concepto á la gran causa de la emancipación, y que de una manera eficaz y brillante representaba en ella una gran misión patriótica y civilizadora.

Escusado es decir que en los ejemplos que dejo espuestos no he buscado de niguna manera una comparación, sinó simplemente una aclaración del elogio que en medio de sus insultos prodigó á Artigas Juan Carlos Gomez; pues mal puedo yo admitir ni por un momento que en ningun sentido pueda corresponder el calificativo de bárbaro, ni aún con el apéndice de la gran talla, al gran ciudadano, al distinguido prócer descendiente de patricios, que habia recibido con aplicación y empeño la educacion de la época, y que luego habiendo entrado en el servicio de las armas habia llegado á ser un oficial distinguido por su competencia y por su valor, y al cual una vez gefe de patrióticas fuerzas populares, de

ningun modo puede responsabilizársele por el estado de escasa educación á que á esas poblaciones habia reducido la barbarie y la opresion de los conquistadores, y cuya regeneracion perseguia el gran patriota agitando con brazo robusto la bandera del derecho de la independencia y de la libertad.

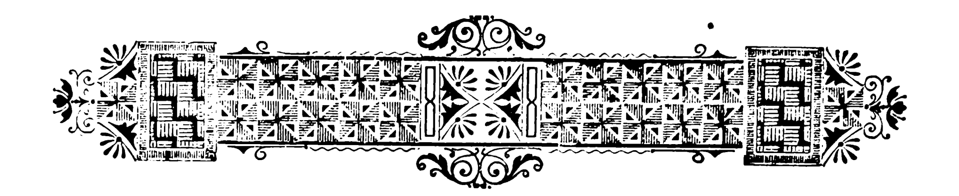
Pero aún hay mas: el detractor Juan Carlos Gomez declaró que Artigas habia salvado la democracia en el Rio de la Plata.—¡Pues no es nada lo del ojo, señores!—¡Salvar la democracia, el gran tesoro de los pueblos libres¡—!Salvar la democracia en medío de los vendabales desencadenados de una revuelta época revolucionaria!—¡Salvar la democracia! es decir, poner á salvo el arca sagrada de la alianza de Dios y de los pueblos!—!Salvar la democracia, con el enemigo nacional al frente, con la ambicion tiránica y absorvente de una oligarquia unitaria encima, con las intrigas al rededor, con las ambiciones de las cortes europeas provocadas y estimuladas por los mismos que se convertian en gobierno á la sombra sombría de la bandera de Fernando VII ¡—! Salvar la democracia en medio de las circunstancias tremendas de la época revolucionaria!—No se necesita mas que la salvacion de la democracia en esas condiciones para la inmortalidad mas merecida de un héroe.

Pero si es una insensatez colocar la bandera de la detraccion de Artigas en manos de Juan Carlos Gomez ¿que será colocar la bandera de la defensa del prócer en manos de Máximo Santos?—Francamente solo podria esperarse semejante cosa de la ignorancia de la mala fé ó mejor aún de la mas evidente ofuscación pasionista—¿Acaso nadie mas digno que Máximo

Santos, sobre todo en el terreno en que tíene que ventilarse esta cuestion, habrá hecho antes ni despues de él la defensa del ínclito patriota?—Como escritor, como autoridad ni como opinion, nadie que esté en su sano juicio atribuirá á Santos la encarnacion de la defensa de Artigas. Como gobernante, prescindiendo de que escaló por medios reprobados el poder para vejar este desgraciado país en beneficio propio, y de que solo móviles egoistas y bastardos pueden suponerse en él al hacer semejantes manifestaciones públicas, no fué, tampoco como gobernante ni el primero ni el único, ni el que mas hízo por honrar la persona ó la memoria del Gefe de los orientales. Antes que el blancos y colorados lo honraron, y blancos y colorados intentaron la reimpatriacion del gran patriota. El año 46 Don Fructuoso Rivera á nombre del gobierno de Montevideo trató de traer á Artigas á la plaza sin poder conseguirlo, y por esos mismos tiempos Don Manuel Oribe en nombre del gobierno que tenia su asiento en el Miguelete durante la guerra grande trató de hacer cesar la ingratitud que pesaba sobre el gran patriota sin que sus nobles intenciones pudieran verse coronadas por el placer que anhelaba de ver tranquilo entre sus compatriotas al gran patriarca de nuestra nacionalidad. Mas tarde, muerto ya el inolvidable Protector de los pueblos libres, el eminente ciudadano Don Gabriel Antonio Pereira en nombre del gobierno de imparcialidad politica que presidía, reimpatrió los restos del gran patricio con los honores que correspondian á sus inmortales servicios y á su personalidad gloriosa. Por consiguiente al poner la bandera de la defensa de Artigas

en manos de alguien, el folleto ha podido elejir como escritor un hombre de autoridad algo mas decente que Santos, y como gobernante ha tenido tambien donde escojer entre blancos colorados é imparciales algo mas digno del héroe y de la patria que se enorgullece con sus glorias. La eleccion de Santos para abanderado de esa defensa dá pues la medida de la imparcialidad, del criterio histórico, y de la autoridad que puede alcanzar ese desgraciado folleto. Formarse pues un juicio, una conviccion, como declara ese opúsculo que lo ha hecho, eligiendo una opinion entre los dichos de Juan Carlos Gomez y los hechos de Máximo Santos, es ir derecho á formarse un juicio falso y estrafalario, es ir derecho al resultado incalificable de las conclusiones de ese escrito.





V.

CONTRASTES DE LA DIATRIBA

Así no tiene nada de estraño que flotando el pensamiento de ese folleto entre el flujo y reflujo de semejante oleage intelectual acabe por colocar al gran ciudadano por debajo del nivel, segun su espresion: «del último gaucho de nuestras luchas civiles,» pretendiendo fulminarlo al mismo tiempo por la razon, segun él, de que: no supo quebrar su lanza en el patrio suelo, para cavarse una fosa frente á frente al enemigo.»

¡El gran batallador menos indómito que el último gaucho de nuestras guerras civiles!—Semejante imprecacion se torna ridícula al pretender afrentar al héroico paladin de la independencia y de la libertad, ejemplo de una tenacidad y de un esfuerzo como no lo vieron mayor los fastos de los pueblos. Cargos semejantes se desvanecen ante la nube de gloria que envuelve la personalidad del gran patriota. Pretensiones semejantes se estrellan contra el pedestal de

granito en que descansa la merecida fama del ilustre Protector de los pueblos libres. Nadie ha echado en cara jamás á Demóstenes el que no se suicidase en Queronea. Nadie ha acusado jamas á Anibal por no haberse abierto una fosa frente á frente á los romanos en Zama. Nadie ha afeado jamás á Pompeyo el no haber muerto en Farsalia. Nadie ha enrostrado jamás á Napoleon el no haber sucumbido en presencia de Wellíngh-ton, ni lo ha colocado por bajo del nivel del último de sus granaderos por no haber quebrado su espada abriéndose una fosa en Waterloo. Y nadie que haya estado en su sano juicio ha exigido jamás que los héroes se hagan matar en las derrotas.

Además Artigas, si la muerte le negó en su última gran batalla en la tierra natal la tumba gloriosa del soldado, no aprovechó esa circunstancia para preocuparse de la salvación de su persona, sinó que la aprovechó para continuar pensando en la salvacion de la patria á cuyo efecto continuó en sus planes de héroica resistencia, y pasó al Occidente del Uruguay á buscar en las provincias aliadas el contigente que necesitaba para renovar la lucha à muerte con los enemigos de su suelo, y prolongarla con su valor, su abnegación, su desinteres, y su patriotismo nunca desmentidos. Entre sus calumniadores, al menos que sepamos, solo Mitre habia tenido la audacia de negar al héroe el valor que demostró en mil combates, diciendo que jamás se encontraba en el lugar de las batallas; á él, al bravo entre los bravos, que en la batalla de las Piedras habia visto caer bajo su cuerpo su caballo postrado por un casco de metralla, mientras en lo

mas recio del combate recorria las filas animando á los soldados y dando estruendosos vivas á la Patria; á él, que mientras le proporcionaban otro corcél continuó á pié firme en su digna actitud de bravo y alentador gefe, agitando su espada bajo los fuegos de la infanteria enemiga; á el, ejemplo de patriotas y maestro de esforzados y de valientes, que en los momentos de perplegidad y de duda peleaba á la par de sus soldados abriéndose brecha con la punta de su lanza por entre los escuadrones enemigos, llevando como un torbellino á las filas contrarias el pánico y la destrucción. Admírese el lector, la pluma que exige del gran Artigas el sacrificio estéril despues de su honrosa derrota, en vez de la continuación de la lucha por el territorio patrio, y que fué por lo que el prócer optó, es la misma pluma que en otro folleto estrafalario ha tenido elogios para don Andrès Lamas, sin exigirle que como el traidor Judas, el vil Iscariote de los antiguos tiempos, se colgase de una rama de algun árbol de nuestras selvas, despues de haber vendido al Brasil por un puñado de oro, 600 leguas del sagrado suelo de la Patria.

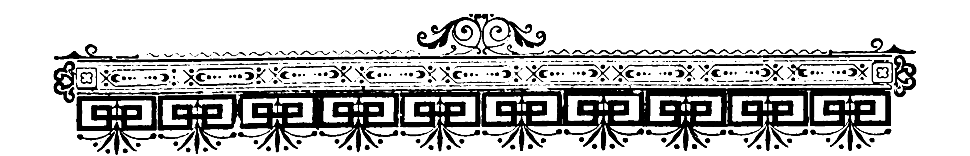
Bien sé que el padre de los orientales, el patriarca de nuestra independencia no necesita de mi defensa No la necesita, no, de nadie, quien la tiene en sus propias acciones, grabadas con letras de oro en nuestra gloriosa historia nacional. No la necesita, no, el autor de los triunfos inmortales del Colla, Maldonádo, Santa Teresa, San José y las Piedras. No la necesita, no, el que primero que nadie supo batirse heroicamente por la libertad, la independencia y la república, rompiendo con franqueza las cadenas del

coloniaje, y arrojando lejos de sí la careta enervante de los titulados derechos de Fernando VII. No la necesita quien supo antes que nadie salvar la democracia, y en plena revolución dar al porvenir á la libertad y á la república un pedazo libre de tierra americana. No la necesita, no, quien primero que nadie pudo en el épico esfuerzo de la independencia colocar á su suelo natal en condiciones de darse un gobierno propio é independiente y una organización democrática y libre. No la necesita, no, el primer constituyente práctico que al levantar el colosal monumento institucional de sus bases del año 13, supo anticiparse á los hombres de estado de su época que fluctuaban entre el unitarismo absorvente y la monarquía extrangera, y supo arrojar en el surco del progreso las bases políticas y filosóficas de la organización democrática que siguen en el día las repúblicas sud-americanas que acabaron por adoptar su sistema de organización federal. Porque las inmortales bases del grande Artigas no eran ninguna dádiva de un gobierno, ni un consejo de una monarquía europea, ni una imitación servil de ninguna organización que en Sud-América no se había creado todavía; sino que eran una inspiración ilustrada y patriótica, eran la consagración de un contrato nacional, el pacto social y político de los pueblos, destinado á labrar y garantir su felicidad y su bienestar, sin más trono que su derecho, sin más soberano que la nación.

Por eso creo haber dicho con justicia que el insigne Jefe de los Orientales no necesita de defensa alguna y mucho menos de la débil mía. Su patriotismo, su abnegación, su desinteres y su heroismo son bien

notorios, y sus hazañas imperecederas después de llenar de gloriosos ejemplos el suelo de la patria han repercutido en las fronteras argentinas, y sus écos dilatándose por el mundo civilizado han ido á perderse en los últimos confines donde se admiran las grandes acciones humanas y se estudia la generación de los pueblos.



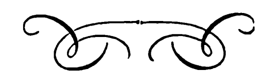


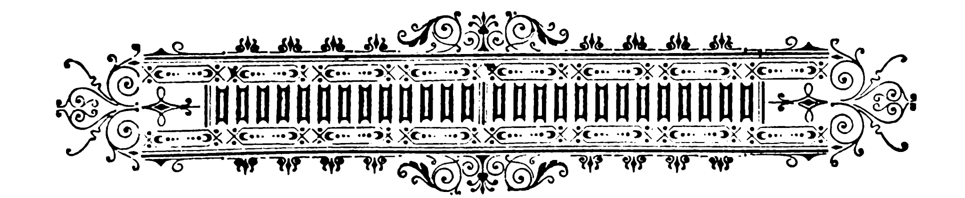
VI

PRINCIPALES VICTIMAS DE LA SAÑA

Dos son principalmente las personalidades que el desgraciado folleto que nos ocupa se ha propuesto denigrar, y para ese fin lamentable ha elegido precisamente las dos figuras mas grandiosas de nuestra historia, dos soles que en momentos angustiosos se elevaron como estrellas de primera magnitud en el horizonte de la patria. — Ellos son: Artigas, que pese á quien pese se elevó encarnando con brillo, con justicia, con derecho y con competencia su época, y acaudillando con gloria las huestes valerosas de la primera independencia. Y don Manuel Oribe que se exhibió glorioso personificando sus tiempos con brillantez, encarnando las aspiraciones del patriotismo, alentando los propósitos populares, dirigiendo los esfuerzos de los patriotas, convirtiéndose en su inspirador su guía y su esperanza, y siendo el alma de la segunda independencia de la patria que selló con ejemplos del más heroico valor, del más generoso desinterés, y del más

acendrado patriotismo. — Sí, tambien es objeto de las malévolas intenciones de esa diatriba el legendario don Manuel Oribe, el oriental patriota que dedicó su vida entera al servicio del país que lo vió nacer, el ciudadano *pura patria* como le decían todos los que en sus últimos años iban á visitarlo al retiro de su quinta á donde acudían los ciudadanos honrados, los oficiales de legítimas aspiraciones, los jóvenes de patrióticas esperanzas; sin que à nadie postergara jamás don Manuel Oribe en su afable y cortés recibimiento, para atender hombres de negocios leoninos, que nunca conoció; á especuladores de las miserias de la patria, que jamás toleró; á fabricantes de cobre viejo y corto, que no se hubieran atrevido á acercársele; ni á proveedores de lazaretos sucios, que hubieran sublevado toda su indignación enérgica y patriótica.





VII

TENIENTE CORONEL

Con razón se ha dicho que la cuestión de si don Manuel Oribe era teniente coronel ó sargento mayor al tiempo de la pasada de los Treinta y Tres, es verdaderamente una cuestión de niños propia para dilucidarse entre colegiales de segundo grado; y lo gracioso es que el mismo folleto llama rasgo de puerilidad al hecho de discutir eso, siendo así que quien tiene esa puerilidad es él mismo, que incluye ese punto entre los que trata con mayor y mas lamentable estensión, para arribar á la conclusión de que: « el hecho de ser teniente coronel unos « meses antes ó después nada le da ni le quita á un « hombre de guerra como Oribe, que valía por su tem- « ple y aptitudes militares y no por el grado que hubiese « tenido entre los Treinta y Tres» —Perfectamente, con esa conclusión estamos completamente de acuerdo, y es el folleto el que para no contradecirse con lo que el

mismo piensa, debió no suscitar esa cuestión, ni empeñarse en llevar el convencimiento de que don Manuel Oribe era solo sargento mayor á los que creen han creído y seguirán creyendo que era teniente coronel, porque con mas libertad de exâmen, menos espíritu estrecho, menos esclavitud á documentos que deben interpretarse á pesar de la estrechez de sus palabras, de sus fechas y de sus cifras, dan á cada cosa la interpretación que debe tener segun el desarrollo de los sucesos y de las épocas.

Nada diríamos respecto de cuestión tan nimia sinó fuera que habiendo declarado en importante documento público que Oribe era teniente coronel nada menos que el digno y benemérito patriota el inmortal gefe de los Treinta y Tres general don Juan Antonio Lavalleja, el folleto dice que Lavalleja: «en ese punto se olvidó tambien de la verdad;» es decir, en buenos términos el folleto dice que Lavalleja mintió, y el revelador adverbio tambien, revela que no era el solo sinó en compañía de don Manuel Oribe que tambien firmaba ese documento y que así mismo se olvidó de la verdad, por lo cual según el folleto los dos gefes principales de los Treinta y Tres resultan dos insignes mentirosos y esto à pesar de que á su tiempo declara que Oribe era un gefe de « carácter circunspecto »; lo cual demuestra que sobre cualquier nimiedad y en muy pocas líneas se pueden acumular bastantes contradicciones como acabadamente lo pone de manifiesto ese estraviado escrito.

En 1830 á raiz de haberse jurado la Constitución, don Juan Antonio Lavalleja y don Manuel Oribe pasaron al Ministerio de la Guerra una lista de los Treinta y

Tres firmada por ambos ilustres patriotas en la cual se reconoce en don Manuel Oribe el grado de teniente coronel. Mas tarde, el año 33 distanciado transitoriamente de Oribe, amargado por la derrota, y resentido Lavalleja con Oribe por mas que el ilustre libertador había sido el culpable de ese distanciamiento, le llama en una nota de su exposición sargento mayor á don Manuel Oribe; y no ha necesitado mas el folleto para lanzar la apreciación de mentirosos á los dos ilustres patricios en vez de haberse preguntado si no se atraería él la nota de imprudente y temerario por semejante aseveración.—Es decir que la palabra de Lavalleja vale mucho cuando le llama sargento mayor por lo que ahora veremos, y esa misma palabra no vale nada cuando firma y le llama teniente coronel.—Lo que debió hacer el folleto ante esa actitud aparentemente contradictoria del General Lavalleja al apreciar el grado de don Manuel Oribe, fué libertarse de la esclavitud á que lo somete la letra que mata, y apelando al espíritu que vivifica, haberse munido de toda la filosofía histórica que pueda haberle proporcionado Taine en la quinta edición de sus ensayos sobre Tito Livio, y recorriendo toda la escala de la lira filosófico-histórica, en vez de dejar ir á la mula haber exclamado con el gitano:

Para cuestas arriba
Quiero mi mulo
Que las cuestas abajo
Yo me las subo.

No, señores, no mintió Lavalleja ni el año 30 ni el año 33.—¿Es esto una paradoja? No lo es, y así

vamos á verlo. —Sí, yo creo con el país entèro y á despecho de ese folleto, que no fueron mentirosos tan grandes hombres. —Si el trabajo justifica la propiedad como fruto del esfuerzo propio, nada mas bien adquirido que el grado militar que se obtiene con las fatigas del servicio, derramando la propia sangre por la patria, adquiriendo la competencia, la autoridad y el título que corresponden á los servicios que patrióticamente se presten. Poco importa en ciertos momentos excepcionales que esa capacidad esos sacrificios esos prestigios adquiridos y esa alta significación que corresponden á una correspondiente gerarquía militar no sea consignada en un papel. — Quede eso para los que solo dan valor á un impreso diploma annque provenga de un gobierno arbitrario y usurpador. — Los pueblos tienen tambien en ciertas épocas de su agitada vida atribuciones para consagrar el grado militar que un patriota ocupa y sabe y debe ocupar desde que reune todas las condiciones requeridas, aunque falte la confirmación escrita de lo que algunas veces solo tiene el título de gobierno. —Los grandes caudillos de los pueblos, sus grandes soldados con condiciones y conducta de generales ¿no habrán sido tales porque nadie les había dado en un papel un título que no daría competencia ni prestigio, ni autoridad á quien no hubiera adquirido esas condiciones con sus servicios? César uno de los cinco grandes capitanes del mundo no sería general al mandar como tal y por primera vez el ejército vencedor de las Galias porque nadie le había ido dándo los grados militares que formaban la escala forzosa de tan elevada gerarquía? Napoleón I que en su título de emperador reunía á la

investidura de gefe del Estado la mas alta gerarquía militar del ejército, dejó acaso de ser gran capitan y se convirtió en simple é ignorante particular cuando abdicando el imperio abdicaba tambien su alta gerarquía política devolviendo á la nación la investidura civil y militar que le había confiado? —Tal creerán los que aferrados á la letra muerta creen que al despojarse de un título puede un hombre despojarse de la sabiduría militar adquirida, de los servicios prestados, del prestigio alcanzado, de la autoridad conquistada por el génio y de todo el conjunto en fin que constituye el fruto de una gloriosa y extraordinaria vida militar. — Tal creerán los que piensan que todo depende de una credencial con tal ó cual fecha debiendo por consiguiente admitir la absurda conclusión de que un patán con ese título debe ser reconocido por una entidad y un genio, y una entidad y un genio despojado de ese titulo debe quedar reducido á ser un patan. —Créanlo así los que esclavos de la letra no saben elevarse á las regiones filosóficas y estudiar las circunstancias excepcionales porque atraviesan á veces los hombres y los pueblos. —Napoleón ha resuelto el punto. —Había abdicado todo, y sin embargo: ¿que mariscal hubiera pretendido ponerlo bajo sus órdenes? —Al despojarse de la investidura de Emperador se despojaba de sus títulos de gefe político y de gefe militar, yendo en su abdicación desde sus despachos de Emperador hasta sus despachos de sub-teniente; pero pensando á este respecto como Lavalleja y Oribe el año 30, resolvía esta cuestión y aclaraba su actitud con estas sublimes palabras: «Al abdicar el poder, yo no he renunciado « al derecho más noble del ciudadano; al derecho de

« defender á mi país. — En estas graves circunstan-
« cias, yo ofrezco mis servicios como general, consi-
« derándome todavía como el primer soldado de la
« patria.»

Y encerràndonos dentro de la periferia de nuestras patrias fronteras, puede creerse acaso que el Gefe de los Orientales don José Gervasio Artigas, el héroe de la independencia que tuvo bajo sus órdenes à todos los guerreros patriotas de la época, no era general porque el gobierno de Buenos Aires al poner á precio su cabeza con el decreto bàrbaro de Posadas, ó al reponerlo en sus grados, honores y buena fama no le reconocía más que el título de coronel? — Por último hizo otra cosa el Cabildo que sancionar lo que todo el pueblo oriental mucho antes había ya consagrado al aclamar como su caudillo y su general al gran Artigas, sellando ese nombramiento con sus servicios con sus sacrificios y con su sangre al seguirlo à los campos de batalla, por la libertad por el derecho y por la patria?

Don Timoteo Aparicio, gefe de las vanguardias blancas, guerrero con medio siglo de servicios constantemente en acción, que en 1870 acaudilló la revolución mas popular que registran los anales de nuestra historia, que tuvo bajo sus órdenes generales como don Anacleto Medina, don Lucas Moreno y tantos otros; que lo aclamaban y lo reconocían general en gefe nueve mil orientales voluntarios, no sería tal general, porque recien algunos años después le fué ratificado ese grado por un gobierno? — Esos nueve mil ciudadanos al reconocerlo general ¿ habrán sido unos ignorantes, unos inconscientes, unos farsantes ó unos impostores?

Entre tantos otros, el doctor Juan Pedro Salvañack, coronel en Uruguayana, coronel, gefe de división y brillante figura de la revolución de Aparicio, y coronel y gefe de división en la revolución del Quebracho, militar prestigioso é instruído capaz de mandar un ejército, no habrá sido tal coronel porque ningun gobierno le estendió en un papel escrito sus despachos?

Don Gerónimo de Amilivia, teniente coronel del tiempo de Berro, coronel de la revolución de Aparicio, coronel en el Quebracho, no habrá sido tal coronel y lo habrá sido recien cuando un gobierno hace algunos meses le ratificó su grado?

Y en este punto conviene distinguir aunque sea brevemente la diferencia profunda que existe entre grados académicos y grados militares; pues si se puede ser tal ó cual cosa en milicia sin que haya sido posible ó se haya detenido por cualquier causa la espedición de los despachos, no sucede lo mismo con los títulos universitarios que el que se los atribuye sin haberlos ganado por sus cabales y haberlos recibido de una academia ó universidad, siempre prontas á otorgarlos á quien rinda las pruebas reglamentarias, comete un abuso y realiza una farsa de que se hacen cómplices los que á sabiendas le tributan un título que no ha ganado debidamente y para gozar y usar del cual no se ha impuesto el esfuerzo de pruebas que al respecto exige el mundo civilizado y científico, y que son la garantía que se ha reservado la sociedad para el uso y la aplicación que de las profesiones á que correspondan quieran hacer sus miembros; y que toca á las autoridades oficiales correspondientes velar con patriótico y recto celo para evitar las confusiones de la

jactancia y el charlatanismo. — Los grados académicos se obtienen lo mismo en paz que en guerra, los cursos correspondientes se siguen en situaciones normales y anormales, y las normales son en todos los países del mundo las mas comunes y las mas prolongadas.

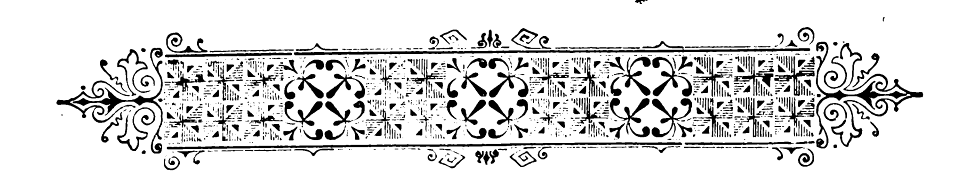
En la milicia es distinto, y en ciertos casos las pruebas los exámenes y los cursos son los sacrificios, los servicios, los actos de valor y de heroismo en los tiempos de guerra, es decir en las épocas anormales; y si la causa por la cual se realizan esos hechos no triunfa, quedarán en el soldado todas las condiciones requeridas para haber hecho de él un digno oficial ó gefe, y faltarán únicamente los despachos que negará el vencedor imponiendo talvez por el contrario al héroe la persecución el destierro ó el silencio. — ¿Y acaso dejará por eso de ser un verdadero gefe? — El pueblo lo dirá cuando en sus momentos de angustia pida para su salvación el auxilio de su inteligencia y de su brazo, y sepa darle el lugar que le corresponda.

Indudablemente en la milicia cualquiera en casos accidentales puede ser comandante y así se ha visto en la guerra franco-prusiana muchos batallones alemanes que al llegar victoriosos á las líneas francesas, muertos ya sus oficiales, unos eran mandados por el abanderado y otros hasta por sargentos. — Pero es sabido tambien como cosa elemental que cada mando corresponde á una gerarquía militar, la compañía al capitan, el batallón al teniente coronel, el regimiento al coronel, la brigada al general etc. — Antes del año 25 don Manuel Oribe había mandado ya en gefe fuerzas relativamente considerables, y en la defensa que hizo de Montevideo en 1823, en razón de sus servicios anterio-

res, era gefe de vanguardia, cargo que correspondía por lo menos al grado de teniente coronel. —El gefe de vanguardia de la fuerza enemiga y al cual derrotó don Manuel Oribe en un combate, era don Fructuoso Rivera sobre el que obtuvo un importante triunfo y que era á la sazón coronel del Imperio del Brasil. —De hecho, era pues, don Manuel Oribe teniente coronel, así lo entendía el ejército, así lo entendía la plaza de Montevideo que defendía, así lo entendía don Juan Antonio Lavalleja, y así lo entendía el sentido comun. —La retirada de Don Alvaro, la falta de elementos, y el triunfo de los brasileros sobre los portugueses en el Brasil dieron la preeminencia á los brasileros en Montevideo. — Lecor entró á la plaza y Lavalleja se viò obligado á huir no del todo vestido y perseguido por Rivera como se sabe, y don Manuel Oribe se vió en la necesidad de emigrar. — Pero había sucedido como en los casos que anteriormente he citado, había organizado la defensa como gefe superior, había mandado como teniente coronel y había obtenido un importante triunfo, y si las circunstancias fatales á la causa de los patriotas habían impedido la formación de un gobierno propio que le hubiese reconocido la efectividad de su grado, quedaba ungido por el óleo popular como el gefe predilecto de la patria, y reconocido por ciudadanos y soldados como teniente coronel.

Esa es la razón porqué ninguno de los dos, ni Lavalleja ni Oribe mintieron cuando en 1830 al mandar la lista de los Treinta y Tres al Ministerio de la Guerra, esa lista consignaba en don Manuel Oribe el grado de teniente coronel al tiempo de su épico y patriótico desembarque en el Arenal Grande.

Creían esos ilustres y beneméritos patriotas de alma abnegada y de honrada palabra, que los grados militares no los dan los títulos sino los servicios y los hechos de armas, por eso no tuvieron inconveniente en reconocer lo que todo el mundo sensato reconoció y reconoce con el mismo criterio justo y patriótico que á ellos los guiara; mientras seguramente se hubieran indignado al ver figurar como coronel del ejército á Carralón de Larrúa por mas que ostentase el título en forma que le dió Santos y se hubieran escandalizado al ver figurar en el escalafon militar de nuestro país á aquellos estrangeros aventureros advenedizos, cocineros de Máximo Santos á quienes no queriendo éste pagarles sueldo por sus servicios culinarios les daba los grados de capitanes parodiando las orgías del insensato Calígula al nombrar con aprobación del Senado cónsul á su caballo.



VIII

HONRADEZ DE LA PALABRA DE LAVALLEJA

Ahora veamos porque teniendo el general don Juan Antonio Lavalleja este convencimiento que selló en 1830 bajo su firma con su palabra honrada, pudo decir en 1833 que don Manuel Oribe era sargento mayor al tiempo de la pasada de los Treinta y Tres, y veremos que no existe la contradicción que cree encontrar en el venerable patriota ese ofuscado folleto al empeñarse en no ver mas allá de la nube que ante sus ojos levantan sus pasiones anacrónicas y en él sin fundamento.

Indudablemente el año 25 en la conciencia de don Juan Antonio Lavalleja como en la de todos los orientales patriotas estaba el convencimiento indiscutible de que don Manuel Oribe era teniente coronel. Creían que lo era por sus hechos, por su talento militar, por sus servicios, por sus aspiraciones patrióticas, y por que tal debía y tenía que ser para los propósitos libertadores de que era el director y el alma. Nadie pensaba

ni preguntaba entonces si existía algun papel que así hubiese ratificado lo que era ya convencimiento público. Lo que pasaba con Oribe pasaba con todo en ese momento excepcional. A él se le reconocía que era teniente coronel como se reconocía que aquella provincia cisplatina postrada á los piés de la fuerza y de la traición era y debía ser una nacionalidad libre y gloriosa. Como se reconocía que en aquellos orientales pobres, proscriptos, perseguidos y considerados impotentes, había la fibra el valor y la fuerza de los libertadores. Por eso había en esos momentos y con respecto á estos asuntos tres criterios distintos. Para los orientales el propósito de libertar la patria era grandioso meritorio y posible, para los argentinos era un imposible y una locura, para los brasileros y los traidores era un crímen. Los Treinta y Tres héroes inmortales para los orientales fueron desde aquellos momentos unos valientes, unos salvadores, unos patríotas, unos hombres altamente políticos, y emprendedores de algo grande justo y hacedero. Para el ministerio Rivadavia eran unos locos aventureros. Para los brasileros y los traidores eran unos bandidos anarquistas.

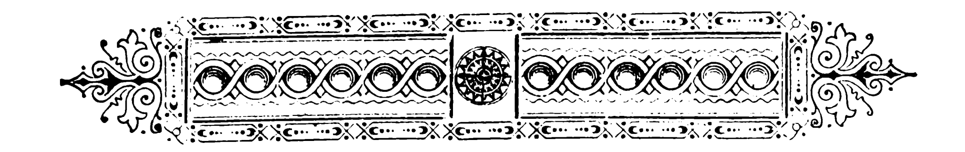
De este triple criterio ha resultado la diverjencia del grado de don Manuel Oribe. Don Juan Antonio Lavalleja sabía como hemos dicho que Oribe era teniente coronel, pero sabía también que los brasileros no le reconocían los servicios que había prestado á la patria combatiéndolos á ellos mismos y á los traidores—y sabía que los brasileros al tratar de don Manuel Oribe solo tenían en cuenta el grado que acreditaban sus últimos despachos oficiales. Sabía que los brasileros no deseaban darle á don Manuel Oribe, su mas mortal

enemigo, alce alguno; sino que por el contrario trataban tanto ellos como los traidores que los auxiliaban de denigrarlo en lo posible, y sabía perfectamente que el gobierno brasilero había dado á Rivera la autorización para que ofreciese mil pesos al que le entregase la cabeza del que los brasileros llamaban y consideraban, porqué así les convenía, mayor Oribe. Por más que los servicíos del héroe y los hechos y los pueblos hubieran sancionado otra cosa, los brasileros en cuanto al grado se aferraban á lo de sargento mayor, y en cuanto al calificativo que los pueblos le daban de gran libertador y alma de la reacción, los brasileros le oponían el de criminal anarquista. Al citar el general Lavalleja la autorización dada por los brasileros á Rivera ha tenido que conservar la denominación de mayor con que aquellos lo designaban en esa baja criminal é infame órden, pues de lo contrario hubiera destruído la exactitud é identidad de ese indigno documento.

Tan es así que en toda esa exposición de Lavalleja este no llama á Oribe mayor mas que en esa ocasión en que no es él quien habla, sino que hace hablar á los brasileros por medio del documento de que ellos munieron á Rivera. En lo restante y á pesar de estar distanciado, con el mayor respeto recuerda á los dos hermanos llamándoles señores Oribe. Pero demasiado hemos dicho ya en cuestión tan nímia para que se comprenda porque no podemos aceptar las estravagancias de ese folleto, que aferrado á la letra que lee como los alumnos en las escuelas, no ha aprendido aún á leer entre las líneas, y demás está agregar que estamos de acuerdo con los que no tienen á Lavalleja por mentiroso ni á Oribe por petulante y reconocen que el bizarro segundo jefe de

los Treinta y Tres tenía ya bien ganados sus galones de teniente coronel cuando inspirado por su genio, impulsado por su generoso corazón, y resuelto á sacrificarse por su patria desembarcó en el Arenal Grande en 1825 para hacer resonar por los campos el grito sublime de libertad, y agitar con su mano robusta la bandera de la regeneración y de la independencia para afrentar á los traidores, y aterrar á los tiranos.





IX

EL SEGUNDO GEFE DE LOS TREINTA Y TRES

No sería prudente y por el contrario sería harto pesado ponerse á refutar paso á paso un escrito que encierra una excentricidad en cada tres líneas, por eso no me detengo á deducir las absurdas conclusiones que se desprenden de ese original escrito al hablar de la proporçionalidad de los grados que acabaron por tener los guerreros del año 25 al final de la guerra, y me creo escusado de fatigar la atención refutando eso, desde que se trata de una opinión que desconoce hasta la diferencia con que se conceden los grados inferiores y la parsimonia con que deben otorgarse los superiores, demostrando bien á las claras ese escrito que su ódio lo ha llevado á cerrar los ojos acerca de la historia verdadera del gran iniciador de la reforma militar, y poniendo de relieve por el contrario que se ha habituadò á atravesar una época en la cual los grados militares se han arrojado á la marchanta por los mandones, como pudieran arrojarse al aire puñados de garbanzos.

El folleto en cuestión aspira á convertirse en un nuevo leteo, pretendiendo que los que beban en sus revueltas aguas olviden por completo las glorias nacionales; y en consecuencia niega, contra el torrente popular, la fundada creencia de que don Manuel Oribe haya sido segundo jefe de los Treinta y Tres porque segun dice no existía tal categoría, porque tenían que separarse así que pisaran el territorio pátrio, y porque en todo caso el segundo jefe lo habría sido Zufriategui por el cariño que le profesaba el general Lavalleja, por la opinión que tenía de él, por las distinciones que le merecía y otras majaderías por el estilo. Esto no es ni filosofía de Taine ni de Buckle ni de historia alguna, sino el chisme familiar y mujeril aplicado á cuestiones históricas, é indigno de tan grandes hechos y de tan grandes hombres.

Es verdad que Lavalleja y don Manuel Oribe hombres conocedores del terreno que pisaban y entendidos en la clase de guerra que iban á emprender, convinieron en separarse y distribuirse en distintos rumbos para desorientar y dividir al enemigo y aumentar sus propias fuerzas, y merced á esa acertada táctica obtuvo don Ignacio Oribe el triunfo de Tacuarí haciendo prisionero á Caballero el jefe enemigo, y Laguna obtuvo otro triunfo importante sobre las fuerzas imperiales en Paysandú, y don Manuel Oribe el grandioso triunfo del Cerro. En esto no hacían los hábiles jefes revolucionarios sino encarnar la máxima de Napoleón I, que decía, que en la guerra convenía á veces separarse pará vivir y reunirse para pelear. Pero éso no quiere decir que no respondiesen á un plan y á una unidad de mando acerca de la cual era conveniente

indicar quien había de ocupar el primer puesto en caso de faltar el jefe principal; medida muy sábia destinada á evitar la anarquia y talvez á salvar la causa, en caso de que una enfermedad ó una bala por muerte ó por herida postrase al jefe de la revolución. Don Manuel Oribe era el indicado por los pueblos, y era la personalidad descollante del grupo de los Treinta y Tres y Lavalleja al indicarlo como segundo jefe no hizo sino consagrar una aspiración general de cuantos tenían conocimiento de los trabajos patrióticos.

Esto de indicar segundo jefe ha sido lo mas comun en los ejércitos sobre todo en ejércitos de revolucionarios y de guerrilleros. La historia de la guerra dice á cada paso por donde quiera que se abra: su jefe tal y su segundo fulano. Alejandro el Grande se olvidó ó no quiso hacer ese nombramiento, y al exijírsele contestación á la pregunta de à quien dejaba el mando del imperio y del ejército, se negó á designar persona diciendo que dejaba el mando al mas digno; contestación que fué causa de la anarquía de su ejército y de la disolución de su imperio. Esta severa lección no fué olvidada en lo sucesivo. Sin embargo el folleto dice que no existe tal designación porque nadie ha exhibido el nombramiento; sabibo es que si de este hecho tan frecuente y repetido y de otros por el estilo solo pudiese exijirse papeles escritos, habría que hacer el mundo de nuevo para dar satisfacción á tan ridículas exijencias.

Pero dice ese desventurado folleto creyendo dar una razón de gran peso que si esa designación hubiera existido ella hubiera recaído forzosamente en Zufriategui para quien Lavalleja reservaba todo lo que fuera

una confianza ó una distinción. Y eso aparte del espíritu pequeño que respira, eso no es cierto. En primer lugar Lavalleja no podía proceder con absolutismo personal y tenía que contemplar la opinión de sus compañeros y la pública, y sobre todo la de don Manuel Oribe alma dal movimiento. Y en segundo lugar ni podía Lavalleja poner á una medianía como Zufriategui por arriba de Oribe, el militar de génio, ni dejaba de comprender el honrado patriota que eso no hubiera convenido á los intereses de la gran causa. Y vamos á probar esto con un hecho elocuentísimo. Para cosas mecánicas era buena la inteligencia limitada de Zu'riategui y por eso á su tiempo Lavalleja le confió el puesto de jefe de estado mayor de aquel pequeño ejército y que entonces ni tal nombre tenía ese cargo, pero cuando tuvo un puesto importante y decisivo que confiar no fué en Zufriategui sino en don Manuel Oribe en quien puso Lavalleja su confianza y sus esperanzas de éxito y de triunfo.

Vamos al caso. Sabido es que el centro de la línea era hasta hace poco en la táctica lo mas importante y el punto de mas cuidado en la batalla. Aníbal ponía siempre en él sus mejores tropas y Napoleón se preocupaba siempre de tratar de vencer el centro enemigo, porque decía que conseguido eso enseguida se arrastraba una ala y teniendo ya la mayor parte del ejército enemigo vencido facilmente conseguía que se pronunciase en él la derrota completa. Pues bien, en la trascendental batalla de Sarandí, en ese combate en que los locos aventureros se convirtieron en los Treinta y Tres inmortales, en esa batalla que llamó la atención de la América y que nos trajo la alianza argentina, Lavalleja

no confió el centro á Zufriategui para quien segun el folleto guardaba los cargos de confianza y las distinciones. Lavalleja confió ese importantísimo puesto donde se encerraban todas sus esperanzas y las de su causa á don Manuel Oribe. Oribe mandaba el centro, Zufriategui la derecha, Rivera la izquierda, y Lavalleja se puso al frente de la reserva. Por eso se ha dicho, y con razón que fué don Manuel Oribe quien principalmente coadyuvó á la victoria en la batalla de Sarandí; sin que se desconozca por eso todo el mérito del general en jefe que mandó cargar al grito de: carabina á la espalda y sable en mano.





X

RAZONES DE PIÉ DE BANCO

No contento ese cuitado folleto con haber pretendido é intentado inutilmente quitar á don Manuel Oribe su verdadero grado y su carácter de segundo jefe de los Treinta y Tres, pretende tambien negar su moralidad y su talento político, basándose no en razones, ni en raciocinios, á los que nunca recurre y al parecer no necesita, sino en simples y estrafalarias afirmaciones parodiando el desusado y desacreditado *majister dixet* ya solo con autoridad en los manicomios. Pero en cambio como excepción generosa y galante á su sistema y para que no les quede la menor duda á los que él llama sucesores del endiosamiento de Pintos, les tiende este formidable silogismo que el cree contundente y aplastador, destinado á llevar el convencimiento al mas recalcitrante de los que no esten dispuestos á dejarse convencer por su penetración y sabiduría, de que don Manuel Oribe era poco menos

que un adoquin fuera de los campos de batalla. Hé aquí el silogismo: Ney y Murat eran unos insensatos fuera del campo de batalla, don Manuel Oribe fué un gran soldado, luego era un insensato fuera del campo de batalla. Y no necesita mas ese estrafalario folleto para arribar á la conclusión de la escomunión política de don Manuel Oribe, dotándolo además de pasiones mezquinas y enconosas, de las cuales Dios quiera guardar á quien arriba á conclusiones tan fuera del sentido comun.

El desgraciado folleto olvida que para escribir, no digo historia, pero ni siquiera un párrafo sobre asuntos históricos, es menester tener presente un poco de filosofía y ese pasquin se olvida hasta de lo que enseñaba el inolvidable don Plácido: que la filosofía es la ciencia de las razones últimas, y hasta de lo que decía el texto de su clase: que el que busca sinceramente la verdad no debe pagarse de razones á medias. ¿Cree de buena fé ese folleto que ha dado la razon última de la cuestión que trata, en su disparatado silogismo? Mejor es que no lo crea así, porque si lo creyera demostraría que sus alcances se quedan muy cerca de la cuartilla de papel que escribe, y que en el terreno de las razones se satisface con muy pocas muy equívocas y muy limitadas.

Antes de demostrar lo disparatado, por no calificarlo de otro modo, que es negar á Oribe talento político porque Ney y Murat no lo tuvieron, voy á permitirme una pequeña y breve digresión en honor del héroe de la Moskowa, teniendo que poner de manifiesto apesar mío, que ese folleto no solo no sabe y falsea la historia patria, sino que tampoco entiende y tambien falsea la historia universal. Pase el que diga

que Murat pagó con su vida sus desatentadas y criminales ambiciones. Yo no defiendo ambiciosos. Pero no puede oirse con calma que se diga que Ney pagó con su vida sus inconsecuencias pasmosas. — ¿Cuales y cuantas fueron estas? ¿Cuales y cuantas para ser pasmosas? — Es inconsecuencia cambiar de opinión, cambiar de criterio, cambiar de afecciones, cambiar dejando de pertenecer á un partido sério por inscribirse en un círculo ambicioso estraviado é impotente; pero no es inconsecuencia en un soldado que ni quita ni pone rey servir á su patria acatando el órden legalmente constituído. — ¿Cuales son las inconsecuencias pasmosas de Ney? — Repúblicano como Napoleón siguió después como todos las banderas del brillante imperio y llegó á mariscal cuando nadie en aquel entonces pensaba en la república. Abdicó Napoleón y el leal soldado de la patria continuó sirviendo en el ejército bajo el gobierno de los Borbones, que lo colmaban de honores por un lado y de desaires por otro. Vuelve Napoleón de la isla de Elba y grita á sus antiguos y gloriosos compañeros de armas: «Venid á formar bajo las banderas de vuestro jefe, la victoria marchará á paso de carga; el águila con sus colores nacionales volará de torre en torre hasta las de Nuestra Señora de Paris.» Y el héroe del Beresina á quien Napoleón había estrechado contra su pecho después de haberle cubierto, el primero, la retaguardia en la desgraciada retirada de Rusia, corrió á alistarse bajo el estandarte de su compañero y su jefe. Esta es la única inconsecuencia de Ney, si es que inconsecuencia puede llamarse. Aun así el plural es un disparate, el adjetivo pasmosas quiero abstenerme de calificarlo. Los Borbones en su estupidez después de

cubrir de dignidades al que en Friedland había recibido del ejército el nombre de *valiente de los valientes* teniendo solo en cuenta los títulos nobiliarios de una aristocracia caduca y recordando que era hijo de un tonelero, le infirieron desaires y postergaciones en favor de mediocres y abominables cortesanos. Aun cuando esto no fuera la razón decisiva para él, corrió al lado de su antiguo jefe. Tal fué su único delito y la posteridad teniendo en cuenta las verdaderas razones que lo impulsaron á ello, se lo ha perdonado ya al bravo soldado que condenado á muerte por los Borbones dijo: «No soy traidor, he sido arrastrado por la fuerza de las cosas.» Y frente á los tiradores que debían fusilarlo, después de protestar, sacóse el sombrero con la mano izquierda, puso la derecha sobre el corazón, y con voz entera dijo á los soldados: «Compañeros, cumplid vuestro deber y apuntad aquí.»

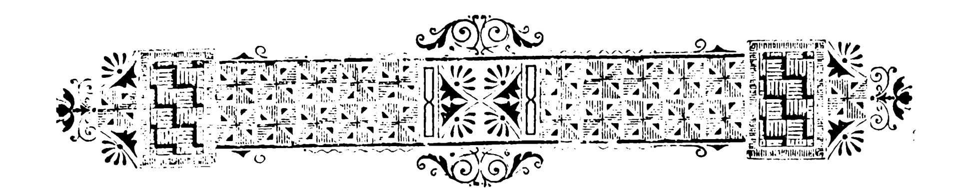
Sin embargo si el pobre ejemplo de la falta de genio político en Ney y Murat, ejemplo traído por los cabellos, no nos convence de la imbecilidad que á don Manuel Oribe ese folleto le atribuye, debemos sin embargo felicitarnos de una circunstancia feliz, y ella es el adelanto que manifiestan los seudo-críticos para quien antes don Manuel Oribe no tenía absolutamente condición buena alguna y apenas sí como excepción le reconocían el valor que á fuer de guerrero oriental no podian negarle. Hoy hay progreso, los detractores gratuitos de hoy mas adelantados que los de ayer, reconocen que era un gran soldado que no tenía entre nosotros quien lo aventajase, habiendo podido sin escrúpulo alguno de conciencia agregar que igual cosa pasaba en todo el Río de la Plata.

Es indudablemente curioso modo de discurrir el pretender convencer de que porque Ney y Murat que nacieron para servir á las órdenes de otro y ser solo soldados, no fueron nada fuera de la milicia, (de la que Ney jamás se apartó) don Manuel Oribe fuera de las cuestiones militares tiene forzosamente que haber sido un nulo completo. Efectivamente, método para convencer y persuadir como ese, á propósito para dejar postrados á los más fuertes dialécticos no se encuentra ni en los medios retóricos de Philarette-Chasles. El seudo-crítico pudo haber agregado muchos otros ejemplos para probar que hay hombres que con competencia en unas materias no la tienen en ótras; y pudo elegir ejemplos recientes y hasta contemporáneos, escogiéndolos tambien entre personalidades civiles. S. S. el Papa León XIII es una eminencia intelectual y en cuestiones militares nadie lo tiene por una autoridad. Bismark es un gran hombre de estado, por mas que en milicia no haya hecho más que vestir el uniforme de coronel de coraceros. Gambetta fué también estadísta y gran patriota, pero su esfuerzo enfrente del enemigo fué estéril, porque no sabía la diferencia que en milicia existe entre levantar quinientos mil hombres y formar otros tantos miles de soldados; pero apesar de estos ejemplos que podrían multiplicarse en lo antiguo y lo contemporáneo y que dejarían á todo el mundo convencido segun el crítico de la imbecilidad de don Manuel Oribe para todo lo que no fuera asuntos militares se ofrece á la gente imparcial la duda de que así como hay hombres que porque tiénen una condición destruyen las demás, hay otros de mas vuelo intelectual que muchos críticos estrafala-

rios que pueden ser todo á un tiempo: soldados, políticos, y hasta críticos sensatos. Pero segun parece para ciertos observadores no han existido Filipo, Alejandro, Amilcar, Anibal, César, Carlo-Magno. Cromwell y Napoleón, ni hemos tenido tampoco en América un Washington, gran administrador,acertado político, y general suficiente para acaudillar la independencia norte-americana. Sin salir de nuestra tierra, un Artigas, grande para terminar el primero en Améríca la dominación española haciendo que su patria fuera la primera en sustraerse á su yugo, y suficientemente grande mas tarde para convertir su provincia en la primera única libre de todo poder extranjero en todo el antiguo virreynato del Río de la Plata, y á pesar de ese genio milítar,suficientemente político para convertirse en apóstol de la idea democrática federal y elevar un monumento con sus inmortales báses, al mismo tiempo que se lo elevaba con la pujanza de su brazo en los campos de batalla. Al otro lado de nuestra tierra nos encontramos con San Martin guerrero y político, con Dorrego, con Alvear, con Guido, á la vez militares y políticos, y un poco más allà con Bolivar; de modo pues que los ejemplos de Ney y de Murat no pueden menos que dejar á todo el mundo convencido de las incompatibilidades de talentos militares y políticos en los hombres privilejiados que nacieron con la materia prima que les falta á sus críticos y calumniadores; y por tanto es indudable que don Manuel Oribe á pesar de haber sido un gran gobernante, un eminente estadista, un ejemplar administrador y un político que supo preparar su obra para que fuese fecunda aun después de su muerte, por lo cual cuando él ya no

existía su partido por la preparación que él le había infundido fué nuevamente al poder, á pesar de haber detenido dentro de los límites de la ciudad de Montevideo la intervención anglo-francesa, á pesar de todo eso solo podemos reconocer en el general Oribe talentos militares porque Ney y Murat, tenientes de Napoleón, no tuvieron jamás otros. ¿Pero folleto original, se hallaba en el mismo caso Napoleón mismo? Pues si el folleto crítico es incapaz de darse cuenta de esto, dejémoslo con sus caprichos inveterados y pasemos á otra cosa.





XI

EL MEMORABLE EPISODIO

Entre los hechos memorables de la corta pero gloriosa historia de nuestra nacionalidad, existe un acto de singular heroísmo realizado por un distinguido guerrero en una trascendental batalla. Es un hecho brillante llevado á cabo en presencia de dos ejércitos contendientes teniendo por testigos de su heroicidad los admiradores entusiastas y los admiradores envidiosos del suceso. Unos y otros lo contaron á sus contemporáneos lo trasmitieron á sus hijos y lo entregaron á la memoria de la posteridad. Por múltiples razones y por haber tenido lugar la realización de ese suceso á la vista de tres banderas que representaban otras tantas nacionalidades, debemos venerarlo mucho, recordar su grandeza y no permitir que la maldad el estravío ó el error empañen jamás el brillo de tan pura y grande gloria. La batalla á que me refiero es la de Ituzaingó; el héroe don Mauuel Oribe.

Conocidísimo admirable é indiscutible ha sido hasta hoy el episodio de las charreteras de Oribe, y nosotros que como pueblo no tenemos el culto esterno de las glorias cívicas ni el hábito de rememorarlas periódicamente, debemos aprovechar las ocasiones que se presentan para refrescar la memoria á su respecto y espandir en comun el espíritu al álito patriótico de sus recuerdos. Debemos tratar tambien de impedir que por medio del silencio y del olvido vengan á convertirse en leyendas, y á tratarse como tales, hechos tan reales tan verdaderos y tan humanos como el que motiva esta réplica. De algun tiempo á esta parte algunos escritores que se tienen por autoridades han dado en estar clasificando de leyendas algunos hechos indiscutibles en cuanto á su verdad, por ejemplo el eminente episodio de los Treinta y Tres y el inmortal de las charreteras de Oribe. Hechos, que hasta hace poco relataban de viva voz los que fueron actores en aquellos sucesos, y que hoy lo repiten otros que oyeron su narración de boca de aquellos mismos héroes. Aun hoy mismo hay quien todavía pueda corroborar con su palabra honrada como actor en aquellas luchas homéricas la verdad de esos gloriosos episodios. El benemérito general don Agustin Muñoz acaba de hacerlo recordando lo que oyó, lo que vió, y lo que era fué y es siempre convencimiento razonable y general acerca del inmortal suceso.

¡Leyendas! — ¿Tiene acaso la culpa la nación de haber sido territorialmente chica y moralmente grande y de haber producido hechos reales que rayen á pesar de su verdad y evidencia en lo maravilloso y poético que forma la leyenda de la cuna de viejas y grandes nacio-

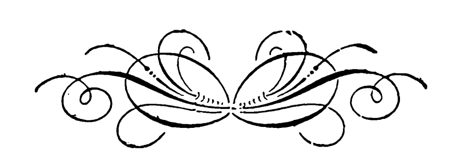
nes? — ¿Tiene la culpa don Manuel Oribe de haber realizado en el terreno de los hechos con su valor y con su genio militar una acción que en la primitiva antigüedad solo halló realidad en la mente y en las fábulas de los poetas?

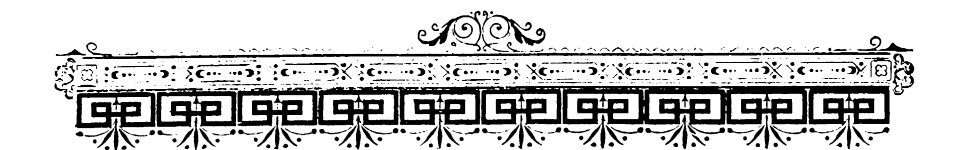
La batalla de Ituzaingó fué una pelea encarnizada, tuvo momentos difíciles, en uno de ellos el regimiento 9 de orientales después de varias cargas remolinea desmoralizado por los fuegos de la infantería alemana firme en magníficas posiciones, y por encontrarse en una nueva carga con un zanjón ú obstáculo que la pone indefensa á merced de los fuegos enemigos. En ese momento grave de la lucha don Manuel Oribe siente hervir en su pecho la ansiedad del patriota, siente que quema sus venas el fuego de la indignación, y creyendo en su desesperación ver perecer su causa sino la salva su rejimiento, resuelve con una resolución heróica inmolarse en la contienda ó arrastrar á sus soldados al triunfo á la muerte ó á la gloria. En aquel momento supremo dominado por el ardor de su patriotismo se arranca las charreteras que honrosamente ganadas cubrían sus gloriosos hombros, apostrofa á sus soldados, y con su actitud patriótica imponente y heróica consigue arrastrar á sus compañeros al sacrificio y á la victoria.. La carga rompe el cuadro de los enemigos y el mas grandioso resultado corona el arrojo y la bizarría del gran patriota.

Esa es la leyenda, dice el Dr. Cárlos María Ramírez á pesar de que reconoce el hecho en toda su realidad. No, mentira, digo yo. Esa es la verdad, es el hecho, es la historia.

Pero si el Dr. Ramírez reconoce la verdad del epi-

sodio de las charreteras, el folleto que nos ha venido ocupando lo niega, y agrega que debe negarse porque reconocerlo es inferir una ofensa al regimiento núm. 9. Luego veremos que no hay tal ofensa al regimiento núm. 9, y que reconocer la verdad histórica de lo que efectivamente tuvo lugar no es inferir ofensa á nadie.





XII

NUEVOS CONTRASTES DE LA DIATRIBA

Pero antes de entrar en eso séanos permitido manifestar nuestra estrañeza al ver que el que tan celoso se muestra en su alegato del honor del regimiento núm. 9 no ha tenido inconveniente en lanzar una calificación calumniosa á una generación entera, comprendiendo en su falsa é injuriosa opinión á patriotas y á traidores, á libres y á serviles, á héroes y á traficantes á acaparadores de puestos, de títulos, de rentas, y de honores recibidos para su eterna ignominia de manos del extrangero. Es desconocer por completo la verdad y falsear escandalosamente la historia el decir que los que los años 21 y 23 se sometieron á las farsas escandalosas de las anexiones impuestas por la tiránica dominación portuguesa lo hicieron aterrorizados por la barbarie de Artigas; siendo tanto mas palpable lo desatinado de esta afirmación desde que Artigas había terminado ya su carrera política y desde el año 20 se hallaba confinado en las selvas del Paraguay. Es

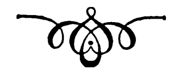
igualmente falsear y desconocer la verdad histórica decir que los orientales que pasaron por las horcas caudinas de la dominación portuguesa lo hicieron por que vieron en ella una trégua para hacer vida civilizada. Semejante despropósito es muy digno del criterio de ese folleto, corto en páginas pero largo en falsedades en excentricidades en calumnias y en estravagancias; y es gravemente antipatriótico mentir diciendo que la conquista portuguesa pudo ser trégua para hacer vida civilizada, cuando es bien sabido que si bien la política de Lecor consistía en comprar las conciencias elàsticas de algunos figurones que aparentaban representación, la dominación portuguesa era de lo mas infame y tiránico, siendo en la ciudad amenazadas las familias que no acatasen sus disposiciones con ser trasladadas abordo de la escuadra, cuyo tratamiento ya se supone, y siendo la campaña víctima de las mayores persecuciones y de los mas atroces excesos, ejerciéndose allí sin freno todo el despotismo del caracter portugués y brasilero habituados entonces á tener esclavos y á proceder con la mas dura tiranía con los seres débiles é indefensos.

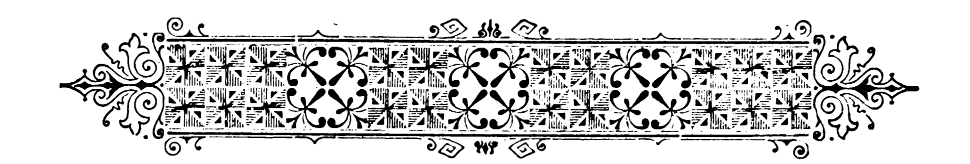
Es igualménte falso y disparatado decir que los hombres que realizaron la independencia y los jefes de las èpicas batallas del año 25 al 28 habían sido serviles acatadores de las dominaciones portuguesa y brasilera, confundiendo así de la manera mas lastimosa á los mas ardientes é intransijentes patriotas con don Fructuoso Rivera y con Calderón.

El folleto desconoce por completo la verdad histórica al ignorar la existencia de los dos acentuados partidos existentes entonces: el de los Treinta y Tres, el de los

patriotas, el de la independencia nacional; y el de los traidores y partidarios de la dominación extranjera acaudillados por don Nicolás Herrera, don Lúcas Obes, el baron de Villabella y el baron de Taenarimbó.

Pero dejemos este punto que evoca dolorosos recuerdos, que inspira ardientes protestas de indignación, y que nos llevaría muy lejos; y volvamos por la honra del rejimiento núm. 9 que considera en peligro el original folleto que nos ocupa.





XIII

ANALOGIA DE LOS GRANDES EJEMPLOS

Hubo á pricipios del siglo un gran capitan que fué Napoleón I, y tiene en su vida militar, aunque no tan grandioso ni fecundo, un hecho parecido al de las charreteras de don Manuel Oribe, y es el episodio del puente de Arcole. Bravos patriotas y veteranos celosos del honor de su bandera eran los soldados del regimiento 9; pero bravos patriotas y veteranos celosos de sus águilas eran tambien los soldados que acompañaban á Napoleón. Sin embargo al atacar el puente de Arcole donde los austriacos hacían llover balas como los alemanes en Ituzaingó, los soldados remolinearon y no se atrevieron á continuar avanzando. Nadie ha creído afrentosa esta narración para los soldados de Napoleón, los historiadores franceses la relatan como la cosa mas natural del mundo; sin embargo aquí cuando decimos que el regimiento núm. 9 vacíló un momento ante las zanjas y bajo las balas se pretende que pongamos el dedo en los labios y se nos dice que vamos á

escandalizar al mundo deshonrando un regimiento de veteranos en honor de un hombre.—¡Cuanta necedad, cuanta puerilidad, y cuanto desacierto encierra semejante afirmación!—La verdad no hace mal á nadie, lo que fué, fué, y el pretender ocultarlo, negarlo ó mistificarlo no es digno respetable ni patriótico.—¿Porque, pues, ha de ser inconveniencia aquí lo que allá fué la cosa más natural del mundo?—¿Porque hemos de ocultar aquí un incidente naturalísimo entre los mas valientes soldados, cuando allá sus compatriotas se complacen en relatarlo?

Pues bien, así como don Manuel Oribe creyó oportuno un acto de arrojo personal para volver al cumplimiento del deber á su tropa, otro tanto creyó Napoleón en Arcole, y tomando del abanderado la bandera se lanzó con ella en la mano sobre el puente diciendo á su tropa: «Soldados, seguid á vuestro general.» Menos severo que don Manuel Oribe no apostrofó á sus soldados; pero también menos feliz que él, Napoleón no obtuvo el mismo resultado; apesar de su heroismo no fué seguido con la decisión con que él lo deseaba; Napoleón tuvo que retroceder en fuga del puente, y al retirarse cayó en un pantano y quedó sumido hasta medio cuerpo. Recién entonces se electrizaron los soldados; y al grito de: «salvemos á nuestro general» se precipitaron como leones sobre el puente y sobre el pantano salvando á su adorado caudillo. Véase pues como no es de hombres vulgares el recurrir á esos resortes personales para en los casos de gran dificultad mover el corazón del soldado; aunque bien podría serlo el no comprender toda la magnanimidad de estos rasgos.

El episodio de Napoleón resulta menos brillante que el de Oribe: por la falta del completo éxito, pues no acabó por tomar el puente teniendo que evacuarlo, por el incidente desgraciado de la caída, y porque no tuvo desde un principio el efecto eléctrico de el del héroe de Ituzaingó; y sin embargo los franceses se enorgullecieron con ese hecho, que aumentó el prestigio de Napoleón. En las Tullerías y por todas partes muy pronto se elevaron cuadros, obras de grandes pintores, que tenían abajo esta leyenda: « Bonaparte au pont d'Arcole », y en ellos estaba figurado el héroe avanzando con la bandera en la mano. Nadie entendió jamás que semejante recuerdo fuera un insulto á los valientes soldados de la Francia; y Napoleón mismo declaró mas tarde que sus grandes ambiciones habían nacido en el puente de Arcole.





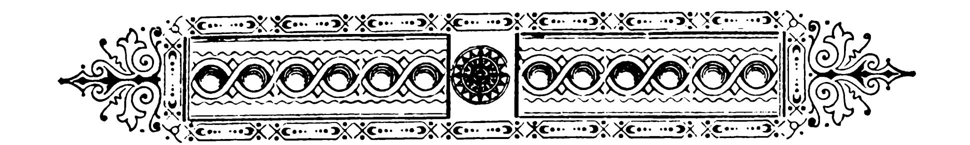
XIV

MAS CONTRADICCIONES DE LA DIATRIBA

Pero lo gracioso es que ese mismo folleto que pone el grito en el cielo porque los que han relatado el hecho han dicho que el regimiento 9 vaciló un tanto en rehacerse con rapidez después de varias cargas, en una de sus contradicciones que son tan frecuentes, encuentra, y esto á renglón seguido: «que los cuerpos de caba-
« llería destinados á estrellarse contra masas de
« artillería é infantería se veían rechazados y conteni-
« dos por los fuegos enemigos pero que á la voz de
« sus gefes se replegaban y se rehacían para volver á
« la carga»; «todo lo cual, agrega, está dentro del
« modo de ser natural de las batallas, y de las contin-
« gencias á que está sujeta la caballería, y no significa
« vacilación ni falta de denuedo, ni mucho menos dar
« vuelta cara para huir.» — «Por el contrario revelan
« su valor y disciplina, tropas que, diezmadas á la voz
« de sus jefes se rehacen y atacan». Perfectamente,

de acuerdo, pero entónces si lo cree así: ¿á que tanta alharaca y tanta indispensable defensa del regimiento núm. 9? —¿Que ótra cosa han dicho los que relatan el hecho?—¿No era posible que el regimiento 9 se demorase en rehacerse, y que Oribe fuese un poco más ardoroso y mas impaciente que los demás jefes?— Que se deje de zonceras el folleto, que el mismo elogio del regimiento núm. 9 está en el hecho mismo de dejarse electrizar por el rasgo de Oribe, pues en soldados que no hubieran tenido valor y conciencia del cumplimiento del deber, el mismo rasgo, por mas hermoso que es en si, no hubiera producido el mismo efecto.





XV

LA NEGACIÓN RIDICULA E IMPOTENTE

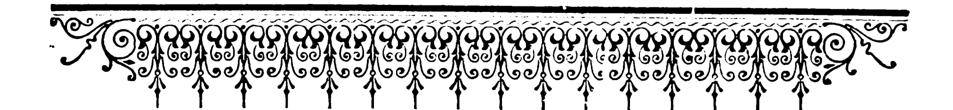
Pero se va más allá y se llega hasta negar el episodio mismo de las charreteras, diciendo que es: « Una « patraña indigna y vergonzosa para el regimiento « núm. 9», qué se ha perpetuado merced á «la obra « de partido en acción» — ¡ Cuanto disparate y cuanta falsedad en tan pocas líneas y cuanta ridiculéz en tan irrisoria crítica! — De manera que durante sesenta y ocho años los orientales hemos sido unos simples y unos tontos que del año 27 al 95 es decir antes y después del 59 en que Pintos publicó su «Elogio» hemos estado creyendo en una heroicidad inolvidable que la penetración del folleto ha llegado á descubrir que es solo una patraña inventada por Pintos en 1859 y repetida por la obra de partido en acción; por más que al repetirlo tambien los enemigos de don Manuel Oribe no esplica el folleto crítico que clase de partidismo era el que ponían en juego. Por lo demás el folleto se resbala hondamente y se equivoca lamentablemente al hacer

arrancar la narración del episodio de las charreteras, de la opinión de Pintos y de 1859; antes de esa fecha amigos y adversarios de Oribe la repetían, la admiraban y la creían.

Al hacer arrancar la creencia del episodio de las charreteras del año 1859, ha demostrado con ese despropósito que ó su decantado archivo americano es algo deficiente y los papeles que de Iturriaga tiene no muy completos, ó que ese folleto no sabe manejar ni una cosa ni otra. Se ha dicho ya lo suficiente para demostrar que el episodio de las charreteras ni es patraña ni es inventado por Pintos en 1859; lo había dicho Alfred Brossard en el libro que publicó en Europa en 1850, lo había discutido la prensa, y lo sabía todo el mundo, y cuando el fallecimiento de don Manuel Oribe en 1857 se publicaron artículos que recordaban el episodio inmortal de las charreteras, habiéndolo recordado principalmente en un notable artículo don Luís Herrera, entonces jefe político de la capital.

Pero el Dr. D. Càrlos María Ramírez al recurrir á algunos de esos datos para probar la existencia del conocimiento de ese episodio antes de 1859, ha aprovechado la ocasión para recojer el lodo inmundo que la prensa de aquella época y principalmente la conservadora pretendía arrojar sobre la esclarecida personalidad de don Manuel Oribe; y en la que llega Mármol hasta decir que el distinguido guerrero ni siquiera era capaz de tener valor en el campo de batalla. Semejantes aberraciones se esplican durante la ofuscación de una honda lucha y pueden sostenerse momentaneamente á favor de la mistificación, de la ignorancia, y de una

envenenada propaganda; pero cuando ya se ha hecho en gran parte la luz, cuando á fuerza de esfuerzos se ha conseguido ir levantando el velo que ocultaba la verdad, y cuando al fin se ha conseguido hacer en parte justicia á grandes y abnegadas personalidades cuya memoria había sido victima del ódio, de la tergiversación y de la calumnia, el pretender halagar bajas pasiones sentimientos innobles y reproducir injurias infundadas cuyos cimientos de barro ha desvanecido el soplo benéfico del tiempo, es un propósito anacrónico y antipatriótico; y el Dr. Ramírez al acechar y al aprovechar la ocasión de hacerlo, se muestra muy en contradicción con las doctrinas radicales y constitucionalistas que proclamó en otro tiempo cuando decía le repugnaban los gobiernos escandalosos y usurpadores; aunque al mismo tiempo se exhibe completamente de acuerdo con sus actuales procederes políticos y con su complacencia para con los fraudes electorales y para con horrores como los del 11 de Octubre.

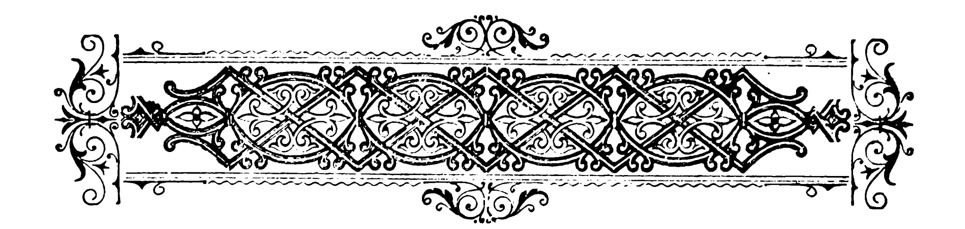


XVI

EL DIGNO CIUDADANO D. JOSE PEDRO PINTOS

En cuanto á don José Pedro Pintos de quién el folleto pretende burlarse titulándolo: «pobre Pintos» convirtiéndolo en inventor de patrañas, y exhibiéndolo como un admirador dominado por el fetiquismo político, no está de más observar que no está tan alto ese folleto para burlarse de don José Pedro Pintos, ni está tan bajo Pintos para merecer los sarcasmos de ese panfleto. Ha debido este tener en cuenta que fué Pintos un buen ciudadano, que escribió en época muy poco favorable á las letras nacionales, y que publicó el «Elogio» de don Manuel Oribe que tanto lo subleva, con todo desinterés, como un acto de reparacion y de justicia y cuando ya el inolvidable prócer no existía y nada podía valerle su sincero y patriótico trabajo. Debemos ser más tolerantes con nuestros escritores del pasado, y tener más agradecimientos y elogios para los que en medio del fragor de las armas y de las revueltas trataron de enaltecer, y no de denigrar como lo hacen algunos hoy en día,

nuestras venerandas glorias nacionales; debemos tener aplausos para los que en aquellas épocas azarosas cultivaron las letras y trataron de legar á las generaciones que habían de sucederles, datos para perpetuar el culto del patriotismo y piedras valiosas para levantar el edificio de nuestra historia—¿Son más adelantadas las generaciones de hoy?—Deber de ellas es serlo, como deber de los discípulos es llegar á ser mas adelantados que sus maestros y deber de los hijos llegar á ser más progresistas que sus padres. Pero ¡Ay del folleto y de su crítico el doctor Ramirez si las generaciones del futuro les aplican la severidad de la crítica con que ese opúsculo pretende tratar á don José Pedro Pintos!—¡Ay de ellos si la crítica del futuro emplea á su respecto las armas que ellos mismos afilan estrecha é imprudentemente! Por lo demás, don José Pedro Pintos no fué el «pobre Pintos» que pretende satirizar ese folleto. Ese distinguido hijo de Maldonado y meritorio ciudadano, á pesar de no haber tenido ocasion de hacer mayores estudios, poseía una facilidad para escribir y una extraordinaria facilidad de palabra que ya la quisiera el elaborador de ese descaminado folleto, y lo mismo su crítico el doctor Cárlos Maria Ramirez, de quien su amigo y confidente don Julio Herrera, que lo conocia bien decia en *El Heraldo* que no improvisaba jamás, ó como diría Cicerón, que no era repentista; esto á lo menos hasta algo más allá de la edad que alcanzó en vida don José Pedro Pintos.



XVII

LOS DETALLES DE COCINA Y LA CUENTA DE CARLYLE

¿Pero porque se niega el episodio de las charreteras?—¿En que sólidas y fundamentales bases se funda quien así pretende arrancar con mano aleve y temeraria un jirón del corazón de la patria y una de las excelsas glorias de nuestra historia?—¿Qué razones abrumadoras le asisten para tratar así de zonzos, de crédulos y de cándidos, para calificar así de embaucados por un escrito de Pintos á los orientales de todos los colores políticos que durante 68 años han creido à pié junto en una heroicidad innegable?—Admirèmosnos, el folleto que á tanto tiene la insensatez de atreverse se funda solo en presunciones, y lo que es peor, en presunciones ridículas, que se desvanecen al soplo justiciero de la razón, de la observación, del buen sentido y de la historia.

Uno de los argumentos que el folleto crée más concluyente es el de que el hecho de las charreteras no está mencionado por el General Alvear en el parte oficial de la batalla. Y desde ya debemos observar que si debiéramos ceñirnos al parte oficial de la batalla de Ituzaingó creyendo únicamente lo que dice y olvidando y desconociendo lo que no dice, no habría razón para estudiar ni para discutir la batalla de Ituzaingó; y unos simples dignos de ser embaucados por otro Pintos serían todos los que hasta hoy, con afán, con ardor y con empeño se han venido ocupando de lo que pasó y de todo lo referente á esa batalla. Nó, la gente sensata no se transformará jamás en mahometana para convertir en su corán el parte de Alvear, estableciendo que fuera de él no hay verdad ni salvación histórica en esta vida ni en la otra. Quede eso para los que para convencerse de sus propias y estrafalarias tésis les bastan razones á medias ó màs bien simples apariencias. Conviértanse ellos en mahometanos más fanáticos en sus ódios que los árabes de Mahoma y hagan en buena hora su corán del parte de Alvear. El General Alvear no era hombre exento de cálculo, de ambiciones, de pasiones y de preferencias, y mas de un acto suyo, aún en esa misma campaña, así lo demuestra; pero es particular que ese folleto que hace alarde de ciencia militar y reprende al doctor Berra por su descuido al respecto, olvide que no es obligatorio enumerar en el parte oficial todos los detalles de los combates y que el propósito del general en jefe, que está sobre todos, es, y hasta cierto punto debe ser, no despertar celos entre sus jefes subalternos ni entre los distintos cuerpos de su ejército. Esta es la

tendencia racional en muchos capitanes, lá que admite después las modificaciones que en el absolutismo de su mando le sugieran sus conveniencias, sus fines, sus preferencias,sus cálculos y otras múltiples razones. Pudo haber mencionado el episodio de las charreteras pero no quiso hacerlo. — ¿Porqué? — Por la premura con que se redactó el parte, admite el mismo folleto. Por mi parte,ni la extensión ni el plan de este folleto,ni otras razones, me permiten ahora examinar el punto.

Además el acto de Oribe, heroico, grandioso y brillante, es con todo de un género tal que un general en gefe no bien dispuesto para con el actor, ha podido creerse escusado de la obligación de consignarlo. Alvear puede haber admirado el hecho en su corazón, puede haber estrechado en particular y amistosamente la mano del bizarro jefe; pero ante el ejército bien pudo no querer estimular á jefes y oficiales á repetirlo, ni á los soldados á hacerlo necesario. El desde la altura de la autoridad que investía, y que Alvear era de los que mas se empeñaban en robustecer y dignificar, exigía rigurosamente disciplina en el soldado, y quizá creyó que lo escusaba de consignar el hecho en el parte, la circunstancia de que eso podía hacerlo aparecer como descendiendo de su alta autoridad para aplaudir como un irreflexivo un hecho brillante y sancionar en los soldados la conducta de hacerlo necesario. Tal vez creyó que como general en jefe no debía sancionar el empleo de un recurso que no estaba prescripto en las ordenanzas, y que acusa un momentáneo eclipse de la férrea y exagerada disciplina que siquiera en sus escritos para el ejército el general en jefe se ve en la necesidad de prescribir.

El general Mansilla bien pudo no tener para que disgustar al general Alvear enmendándole la plana y declarando en el boletín lo que el general en gefe había creído conveniente silenciar en el parte; y en cuanto á la amistad de don Pedro Lenguas, quien bien pudo tener las mismas razones, fué posterior á esa época. Mas que cándido es el que no se aperciba de la emulación que existe en los campamentos. La carrera militar tiene su faz muy noble, muy grande, muy brillante, pero tambien por el mismo hecho que de brillar se trata, se despiertan y desarrollan emulaciones que llegan á un fuerte grado de envidia de egoismo y de pasión. —¿Merecía el general Lavalleja ser fusilado?— ¿No tenía derecho de hablar el noble y honrado patriota que había iniciado la guerra, que había triunfado en Sarandí, y que había contribuído eficazmente á la victoria de Ituzaingó? —¿Sus méritos y bravura lo hacían acaso acreedor á la amenaza de muerte de Alvear?—¿Su patriotismo era acaso motivo para que se repitiese en su persona la inmolación de Dorrego por Lavalle ó el fusilamiento de Félix Aguirre por Rivera? —Desgraciadamente ha sido, es, y probablemente será ley del mundo, el que no dejen dormir á Temístocles los triunfos y los laureles de Milciades.

Pero después de otras pamplinas de menor cuantía y otras inexactitudes que no valen la pena de perder tiempo alguno en refutar: sobre sí en este verso publicado en edición correjida en 1846 en lo álgido de la lucha de los partidos, por el unitario militante don Juan María Gutierrez emigrado en Chile, ó en si aquel otro escrito, se dijo ó no se dijo, llega el folleto á su argumentación mónstruo, al Aquiles que él cree invulnera-

ble y que resulta con mas talones que pelos en la cabeza. Todo el mundo vió á Oribe en Ituzaingó vestido de rigurosa gala, la tradición reproducía al bizarro segundo jefe de los Treinta y Tres correctamente uniformado al presentarse en la batalla; pero ahora resulta que con algunos detalles de cocina y una cuenta de peniques de Carlyle, la profunda penetración del folleto viene á obtener la asombrosa consecuencia de que el bravo Oribe se presentó en Ituzaingó poco menos que en el traje de Adan. El panfleto crítico no ha sido pues lógico, porque al menos ha debido reconocer que si Oribe no se arrancó charreteras, por lo menos se arrancó las hojas de higuera que constituían su uniforme mostrando así una prueba del valor que cubrían.

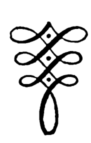
El Dr. Berra dice que el general Alvear pasó en el Arroyo Grande una revísta formados de «gran parada» dos de los tres cuerpos en que dividió el ejército. El folleto dice que el Dr. Berra no sabe lo que es una parada, y que no se puede saber en que sentido ha empleado esa frase si es, dice, que le ha dado alguno. Pero así como no puede seguirse á ese folleto en sus despropósitos, tampoco es posible seguirlo en este estremo; y la afirmación del Dr. Berra tendrá su relativo valor para la gente sensata. El sargento mayor Arrieta dice en su memoria póstuma que en el Arroyo Grande: «el ejército estaba lucidísimo y su columna de « caballería la mas numerosa y brillante que había « visto la América del Sur hasta aquella fecha». Y agrega: «puedo asegurar que hasta entonces no había « visto tropas en mejor pié de arreglo que estas.» El « coronel Pedro Lacasa en su biografía de don Juan

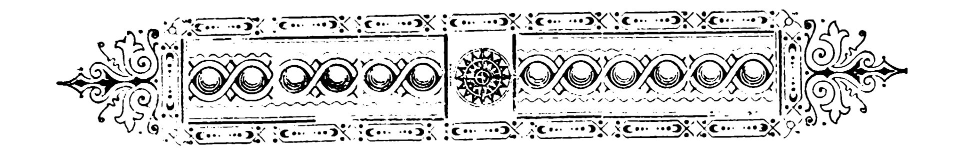
« Lavalle dice : «en aquellos momentos solemnes, « Alvear seguido de *su lujoso Estado Mayor* recorría « la línea proclamando los cuerpos con su palabra « elocuente. » — Don Clemente L. Fregeiro en su estudio sobre la batalla de Ituzaingó dice con respecto á Brandzen, que ya herido : « avanzó sin embargo tan « impávido como al principio, pero recibe nuevas heri- « das y cáe muerto, vestido de gran parada, y *cubierto « con todas las insignias de su clase* y con todas las « condecoraciones americanas y europeas que había « ganado en sus campañas.» El benemérito general don Agustin Muñoz guerrero de la independencia y actor en Ituzaingó dice: que antes de la batalla vió pasar por frente á su cuerpo á don Manuel Oribe vestido de toda gala; y agrega: « El general Oribe fué « siempre muy correcto en el vestir y demostraba ten- « dencia muy marcada á imponerse por la corrección « de su porte militar. Esa condición especial del Gene- « ral Oribe, sabía inspirarla á todos los cuerpos que le « tocaba mandar.» Leiton, soldado de la independencia y dragón del regimiento 9, corrobora tambien la existencia de charreteras doradas en los hombros de don Manuel Oribe el día de la batalla. Y el doctor Saldías conocedor de los documentos de la época é historiador que se cuenta en el número de lo que saben lo que dicen, se expresa así en su historia de la Confederación Argentina: « Rondeau y Alvear fueron testigos en 1811 « del heroismo de Oribe en el Cerrito de la Victoria, y « Lavalle lo vió en sus mísmas filas arrojar sus cha- « rreteras sobre el enemigo y lanzarse con los suyos á « buscarlas en el campo glorioso de Ituzaingó.»

Es pues una verdadera majadería y una completa

insensatez pretender negar lo que vieron y atestiguaron personas que hasta ayer estaban vivas y de las cuales nos quedan aun, cuando menos, dos gloriosos campeones; y cuando viven todavía muchísimas personas que en todas las épocas de su vida oyeron la narración de boca de quienes la presenciaron, del traje de gala de don Manuel Oribe y de su heroico é inmortal rasgo.

Es igualmente desconocer de la manera mas lastimosa la realidad de las cosas y el verdadero carácter de las personalidades históricas, el decir que Alvear condenaba en él y en sus jefes los actos de ostentación; y es tanto mas grotesca esa afirmación cuanto que el general Alvear es precisamente quien menos se presta á ese desconocimiento, pues entre los rasgos distintivos de su carácter se contaban el aparato, el brillo, la ostentación. Hasta don Bartolomé Mitre lo ha reconocido así en su historia de Belgrano, y con esa literatura pesada y difusa que lo caracteriza, relata una conspiración de Alvear con aspecto dramático en la cual desembarcó Alvear con sus oficiales, todos envueltos en capas ocultando debajo de ellas las espadas y pistolas, siendo inmediatamente descubiertos; pero habiéndose exhibido de una manera digna de los más románticos personajes de Fernandez y Gonzalez.





XVIII

PRECEDENTES DEL GRAN UNIFORME MILITAR

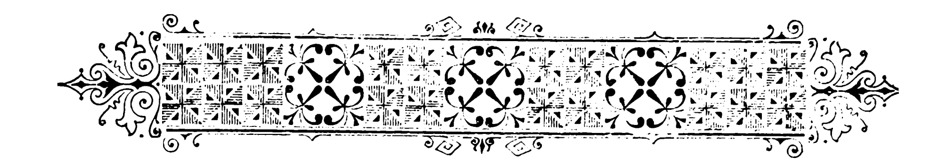
Dice el folleto que también debe ser incierto el episodio de las charreteras porque en el carácter circunspecto de don Manuel Oribe no puede explicarse: «la « ostentosa ridiculez de doradas charreteras al frente « de soldados pobremente vestidos»; agregando: «Y « eso aunque las tuviera en su bagaje de jefe de caba- « llería». Parece imposible que qúien hace gala de competencia en materias militares afirme semejante desatino. Podría ser ostentación en una marcha ó en el pleno descanso del campamento; pero no lo es en un día de batalla. Con algún fin se ha adoptado el uniforme, con algún fin se ha mantenido á través de los siglos y con algún fin se conserva todavía. Eso es desconocer la influencia del uniforme, de las insignias y de las banderas en el corazón del soldado y en los sentimientos del patriotismo. Al contrario, el jefe que en un día de batalla se engalana con un uniforme tan distintivo como lo es el de gala, dá seriedad, gravedad y

solemnidad al acto de la batalla que va á efectuarse, y se hace simpático á los soldados que ven en ese detalle un rasgo de valor, pues el jefe se hace así blanco preferente del enemigo en el combate ó en la derrota, y hallan también un rasgo de disciplina pues ven en esa actitud un llamado á sus más sagrados deberes, de órden y sumisión militar. Eso es lo que ha pasado en todos los ejércitos del mundo, pero quiero recordar que fué y es tambièn una tradición nacional y de solemnidad que nos legó el padre de nuestra nacionalidad y el primer jefe de nuestros ejércitos.

Igualmente circunspecto sóbrio y modesto era en su vida el General Artigas y era tal su sencillez que estando en su cuartel general, los vasos y las cucharas de su mesa eran de aspas hechas por sus soldados;su vestido era modestísimo, y en su apero apénas usaba como adorno unas simples copas de plata. Así procedía el honrado patricio que tuvo en sus manos puras los destinos de la nación y las fortunas de sus enemigos. Vista esa pobreza por su apoderado don Manuel Macho le mandó de regalo al General Artigas una docena de cucharas de plata, con las iniciales del austero patriota. Sabido es que el gobierno de Artigas ha sido muy calumniado. Es verdad que algunas personas de ilustración eran traidoras á su causa, y otras aunque eran partidarias de Artigas, no eran hombres de condiciones para seguirlo á sus campañas, ni mucho menos que estuviesen dispuestos á destacarse como autoridades en puntos peligrosos. De ahí algunos abusos de sus subalternos. Pero no es menos cierto que á donde alcanzaba la vigilancia ó la acción de Artigas no se producian excesos ó eran inmediatamente re-

primidos, así como atendido cualquier reclamo que se considerase justo y atendible. Cuando tuvo quejas y noticia de que Otorgués, gobernador de Montevideo, perseguía á los godos, inmediatamente lo reemplazó destacándolo al Yaguarón y poniendo en su lugar al distinguido ciudadano don Miguel Barreiro. Artigas en el Arroyo Grande dió una célebre órden imponiendo la pena de muerte á todo el que atacase la vida ó la propiedad de los vecinos. Habiendo un tal Paiva con otros bandoleros asaltado unas carretas para robarlas y asesinado á sus conductores, el general Artigas para escarmiento los hizo ejecutar en frente del ejército y para demostrar toda la seriedad de su decreto y toda la trascendencia y gravedad de su penoso deber, asistió al acto vestido de gran uniforme. Como se vé, la circunspección, la austeridad y la modestia se hermanan perfectamente en ciertos casos y actos, como lo revela ese alto ejemplo, con el uso oportuno y significativo de los uniformes de gala.





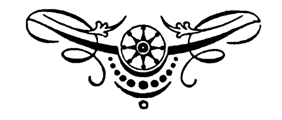
XIX

BASTA LA SIMPLE REFUTACION

Todo lo que dejo dicho demuestra acabadamente lo disparatado que es pretender sostener que los jefes en Ituzaingó no podían tener uniformes de gala. Los testimonios que dejo expuestos aunque tomados á la ligera para una exposición precipitada como tiene que serlo la que pertenece á este género de refutaciones, son más que suficientes para demostrar que es una genialidád el pretender negar la existencia de los uniformes de gala en los jefes de aquella memorable batalla.

Hace poco y ántes de empezar á ocuparse la República Argentina de la reorganización de su ejército, se dijo y con razón en publicaciones hechas en los diarios de Buenos Aires que el actual ejército era inferior al de la guerra del Paraguay en cuanto á estar á la altura de sus respectivas épocas, y que el de la guerra del Paraguay había sido indiscutiblemente inferior al de la guerra con el Brasil, el que à su vez y como se

explica era superior al de la guerra de la independencia, que fué improvisado por la grandeza y el esfuerzo del patriotismo, y el del Brasil contaba con los veteranos formados en la guerra de la independencia, y los gobiernos de esa época con recursos superiores á los que correspondian al primero y que le permitian sustentar una mejor organización. Puede decirse que echándose de ménos la cabeza de San Martin, á quien Dorrego llamó para la dirección de la guerra y que llegó aunque tarde á su llamado, encontrando al patriota fusilado por lo cual no quiso desembarcar, y se alejó para no volver, el de la guerra del Brasil ha sido uno de los más brillantes ejércitos que ha visto el Rio de la Plata. Evidente es además que los jefes orientales y verdaderos soldados como don Manuel Oribe y poseedores de fortuna propia como él, estuviese como estuviera el estado del erario, no habian de tener inconveniente en presentarse uniformados como los lujosos jefes argentinos. Tiempo tampoco les faltó, pues dispusieron de un dia para prepararse á la batalla y presentarse de la manera que lo hicieron y que es ridículo pretender negar.





XX

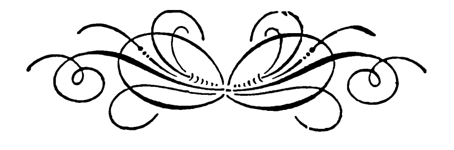
TESTIMONIOS INNOBLES É INADMISIBLES

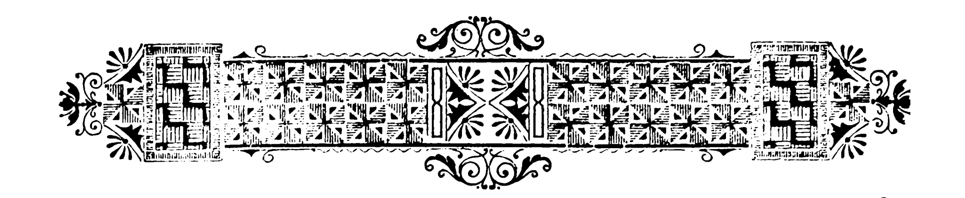
El Dr. Ramirez presenta como un importante testimonio el de Don Antonio Diaz y dado el interés con que recomienda la lectura de sus producciones y las razones que dá para atribuir importancia á su escrito, bien claro se revela que le son simpáticas las publicaciones de Diaz en cuanto tienden á perjudicar á la verdad y al partido blanco, y le son igualmente halagadoras por lo que en mucha parte halagan las pasiones coloradas. El Dr. Ramirez recomienda la lectura de la historia de Diaz de la cual aun no se sabe con certeza si fué escrita por el general Diaz, escrita por su hijo Don Antonio, ó escrita por este ultimo inspirada ó modificada por lo que efectivamente escribió el general Dn. Antonio Diaz. El hecho es que la Historia política y militar de las Repúblicas del Plata que ha sido motivo de tantas burlas fuera de la parte de los documentos y que ha dado

lugar á tantas rectificaciones, fué dictada y publicada durante el terrorismo colorado, dirijida á colorados tambien, y que la aceptaron como puede verse por su lista de suscrición y por las cartas de felicitación de colorados que su autor ó editor recibió de ellos. Dn. Antonio Diaz no fué como dice el Dr. Ramirez el principal consejero de Dn. Manuel Oribe, quien tuvo á su lado ilustraciones como el Dr. Dn. Carlos Villademoros, Dn. Juan Francisco Giró, Dn. Bernardo Berro, Costa, el doctor Pereira, y tantos otros. Bien se comprende que un gobierno en el cual el Presidente es un guerrero de la talla de Don Manuel Oribe, el ministro de la guerra no tiene mucho que hacer. El General Diaz no se esforzó, por cierto, por salvar esa circunstancia, y no trató de sustraerse á las reglas naturales generales y racionales del asunto. Además todo el mundo menos el Dr. Ramirez y el folleto, saben y recuerdan, que cuando había alguna dificultad en los combates de esa guerra, no era Diaz sino Don. Manuel Oribe quien montaba á caballo, tomaba la lanza, y se dirigía con su proverbial actividad al punto del confiicto para resolverlo con su valor y con su genio. Indudablemente Dn. Manuel Oribe le dispensó atenciones y le tuvo consideraciones superiores á sus merecimientos, y sobre todo á su caracter, y la comportación que manifiesta en sus escritos con respecto á Dn. Manuel Oribe despues de fallecido éste, y contrastando con la noble actitud de Dn. José Pedro Pintos, puede concentrarse, para abreviar, en la significación de un refran popular que dice: «*Así paga el diablo á quien bien le sirve.*» El general Dn. Antonio Diaz no gozaba en el Cerrito fama

de militar valeroso, y esta opinion de sus compañeros de armas nunca la desmintió él con hecho alguno ni siquiera cuando jefe de la guarnición de Montevideo en 1865 pudo haber seguido el ejemplo inmortal y elocuente del heroico Leandro Gomez en Paysandú. Y era mal querido de los jefes que lo veían de mal grado ocupar posiciones á las que creían no era acreedor. El coronel Lasala llegaba hasta desairarlo de la manera mas evidente. Por su parte el General Diaz se encontraba despechado y mas tarde en sus escritos ó los que para algunos pasan por de él, demuestra bien claramente la ojeriza que le tenía al patriota coronel Dn. Francisco Lasala y el empeño inútil y nada noble que se toma en pretender deprimirlo. Nos esplicamos perfectamente el interés que los escritores que escriben en favor del partido colorado se toman por dar autoridad á sus falsedades históricas. Pero así mismo hay que notar que el Dr. Ramirez, á quien las apreciaciones del general Diaz halagan, no ha podido menos que calificarlas de exageradas é inexactas. Por nuestra parte creemos deben acojerse siempre con mucha reserva las exhibiciones de un estrangero ingrato, y debe recibirse con beneficio de inventario lo que dice el que empieza por atribuirse un grado y un título que le niegan los documentos argentinos, llamándose jefe de un batallon cuando era solo su segundo jefe; y título que para tener derecho de gozarlo y usarlo es menester haberlo ganado correctamente; y que concluye por dar á entender que cuanto bueno hizo Dn. Manuel Oribe desde que tuvo relación con él, fue por su consejo; y cuando erró fue ó porque no se le consultó ó porque no se siguieron sus infa-

libles consejos. Ante semejante modestia debemos estar muy dispuestos á ver impasiblemente el que el adversario aproveche las armas que se le proporcionan y se convenza ante tan imparciales como elevados escritos. Y: *non ragionar di lor*, *ma guarda e passa.*





XXI

EL APÉNDICE

El folleto «Los Treinta y Tres» ante las protestas y rectificaciones que suscitó y levantó á su aparición, creyó conveniente agregar un apéndice. Cualquiera creería, naturalmente, que el apéndice habría venido á robustecer y á demostrar lo que decía el folleto; pero, muy lejos dé eso, el apéndice lo único que hace es incurrir en nuevas contradicciones, cantar en algunos puntos la más soberana palinodia, y poner de manifiesto la imposibilidad de negar la verdad histórica, pese á quien pese, y la impotencia de ridículos esfuerzos para torcer y embaucar la opinión pública, que ni es tan zonza para creer en patrañas ni tan simple tampoco para dar cabida á esfuerzos de negación completamente ridículos inconsistentes y estrafalarios. No se borra la verdad con la mentira, ni la historia con la impostura, ni el heroismo con la esponja del ódio de la excentricidad y del personalismo.

Así, en esa baraunda, el austero Alvear del folleto, enemigo de la ostentación y del lujo; es en el apéndice el Alvear brillante amigo de la ostentación y del lujo que siempre se había reconocido. « El pobre Pintos» inventor de patrañas en el folleto; es en el apéndice un individuo sin importancia política, pero que ! gracias á Dios! pierde en la segunda publicación lás condiciones maravillosas que tenía en la primera, y deja ya de ser el conde Cagliostro de nuestra historia política para descansar en paz bajo la tremenda losa de insignificancia que le labra el apéndice. Muy propio es todo esto de la fàbrica de unas publicaciones para las cuales la palabra de Lavalleja vale mucho, muchísimo, cuando haciendo hablar á un documento ageno llama á Oribe mayor; pero no vale nada, absolutamente nada, cuando hablando bajo la honradez de su palabra, en su carácter de jefe de los Treinta y Tres y dirijiéndose oficialmente al Ministerio de la Guerra del país que libertara le llama á don Manuel Oribe bajo su puño y letra teniente coronel.

Así no hay que estrañar el que el folleto dijese que el haber silenciado determinados documentos de la época el hecho heroico de don Manuel Oribe, era imposible el que pudiese atribuirse á mala voluntad de nadie; y el apéndice en cambio, y como consecuencia, dice:
« No es que Paz, Miller y Diaz se propusiesen calum-
« niar á nadie, (él responde), sino que en sus apuntes
« de campamento se han hecho muchas veces eco, sin
« quererlo, y acaso sin medir su alcance, (que inocen-
« tes) *de esos celos y emulaciones y envidias* QUE
« DEVORAN LA REPUTACIÓN DE LOS EJÉRCITOS.»

El testimonio del general Díaz valía relativamente

como recogedor de una inmundicia en especie de absurda versión circulante; pero segun el apéndice: « *No pudo ver, ni vió nada* de lo que pasaba en la caballería »; y á mas faltó á la verdad atribuyéndose el mando del batallón 5.° que mandaba el coronel Olazabal, punto relativo á su persona y seguramente el que Diaz vió con más exactitud.

El apéndice, en contra del folleto, reconoce que el episodio de las charreteras se conocía y se comentaba dignamente antes de Pintos, en el Cerrito; que la prensa de todos los partidos reconoció el traje con charreteras, pero dice que fué una mentira, y aunque ya no de Pintos, inventada allí y tolerada por don Manuel Oribe, tratando por consiguiente de impostores á los miles de ciudadanos del Miguelete, y desconociendo, que los grandes prestigios como el de don Manuel Oribe, ni se basan en la mentira ni los alcanzan tampoco los mentirosos.

El doctor Cárlos María Ramírez, otro acertado tambien, recomienda la literatura histórica del Brasil como fuente de verdad; y el apéndice nos revela la novedad de que esa literatura es sospechosa, porque el carácter brasilero es un poco fanfarrón y chauvinista y no muy respetuoso de la verdad en asuntos patrioteros. Sin esa advertencia nadie habría dudado de la verdad de las fuentes brasileras, para las cuales nunca combatieron á Artigas mas de cuatro brasileros aqui, doce allá, y cuando mas veinte. Por mas que sitiadas en Montevideo, para salir á forragear á pocas leguas de la ciudad, las tropas de Lecor lo hacían en columnas de cinco mil hombres.

Pero en esto es quizá en lo único que tienen razón

el folleto y el apéndice. El doctor Cárlos María Ramírez con ser brasilero y haber sido ministro de nuestro país en Rio Janeiro, es el hombre que menos conoce el Brasil entre nosotros. Cuando volvió del Brasil creyó que podía ser profeta, á lo menos de su tierra, y declaró en publicaciones que hizo reproducidas si mal no recuerdo en *El Plata*, que estábamos muy equivocados los orientales si creíamos que en el Brasil existían aspiraciones y sentimientos republicanos. Que Río Grande no tenía aspiración alguna de autonomía. Que confundíamos el partido liberal que era monárquico, con el partido republicano que según él no existía ni existiría. Dijo que nos equivocábamos al creer que á la muerte de don Pedro II el Brasil proclamaría la república. — «Nada de eso, decía: el Brasil acatará al « sucesor al trono de don Pedro II á la voz de sus « tribunos y caudillos prestigiosos.»

Todo sucedió al revés de lo que pensaba el doctor Ramírez. Los propósitos de establecer la forma republicana existían sin que el los viese. Y como se sabe, el Brasil no esperó ni siquiera la muerte de don Pedro II; sinó que se anticipó y obligándolo á abdicar proclamó la república. ¡Hé ahí al profeta! pero sabido es que á pesar de su empeño el Dr. Ramírez no nació para la política, á lo menos para la política seria acertada y digna.

El apéndice insiste en la originalidad de que la batalla de Waterloo es una prueba de que don Manuel Oribe no se arrancó las charreteras en la batalla de Ituzaingó.

« Siempre se ha dicho, dice, como verdad inconcusa que los franceses perdieròn la batalla de Waterloo porque eran menos que sus enemigos ».

Pero agrega que eso no es cierto porque así lo dice Creasy en su libro «Las quince grandes batallas del mundo» en su edición de 1883. Y porqué si la batalla de Waterloo se perdió fué: «tan solo porque la estrella de Napoleón se había eclipsado».

Y ¿eso que tiene que ver? – porque los franceses mintieran allá – ¿quiere decir que no puede ser verdadero el hecho humano reconocido y evidente de las charreteras de Oribe?

Pero lo que dice el apéndice no es ni siquiera exacto ni aún en Francia. El libro de Creasy fué impreso por primera vez en 1851 y estuvo muy léjos de dar una razón tan pobre de la pérdida de la batalla como la que dá el apéndice diciendo: que la causa de este desastre fué: «tan solo el que la estrella de Napoleón se habia eclipsado».—Creasy como la generalidad de los ingleses atribuye la causa de la victoria á la presencia de Wellingthon. Las estrellas no gobiernan ni deciden de las batallas, esa razón no es histórica, ni racional, ni militar ni fisiológica. Las batallas como los hechos morales militares y físicos responden á la aplicación de leyes, y ningún historiador, ningún guerrero ni ningún fisiólogo atribuirá la victoria ó la pérdida de una batalla al eclipse de la pretendida estrella de un hombre—¡Vaya unos positivistas! Con semejantes estrellas no cuentan jamás ní la táctica ni la estrategia.

Pero hay más. No es cierto que los franceses hayan atribuido siempre al número la pérdida de la batalla de Waterloo. Antes y después de Creasy distinguidos escritores franceses y de otras naciones la han atribuido á otras causas y muchos á la decadencia notoria del espléndido cerebro de Napoleón que dió á Grouchy

órdenes ambiguas, sus jefes discutían sus órdenes, de lo que se hubieran guardado muy bien en sus buenos tiempos, y los soldados pedian descansos que en otro tiempo no se hubieran atrevido ni siquiera á insinuar. Estudiando esa batalla no falta quien se incline á la opinión de los que creen que Napoleón en vez de equilibrar sus fuerzas como elementalmente lo hizo, esperando á Grouchy, debió coadyuvar á las heroicidades de Ney y concluir de destruir á los ingleses para caer luego sobre Blücher que aún no habia venido. En cambio se limitó á mantener equilibrado y hasta victorioso el campo, hasta que Blücher llegando decidió la jornada en su contra.

Hace cosa de medio siglo que un distinguido hombre público europeo condensando á este respecto las opiniones que hacia mucho flotaban antes del Creasy del 51, que es del 83, decía atribuyendo á una causa más racional que la de la estrella la pérdida de la batalla: «¿En qué se parece Napoleón el vencedor en « Austerlitz, en Jena y en Marengo, el Napoleón de la « marcha rápida y triunfadora desde Grenoble á Pa- « ris al dejar la isla de Elba, con el Napoleòn tímido « de la batalla de Waterloo, que permanece oculto « en un recodo de los cuatro brazos sin poder ver ni « ser visto, quitando á sus soldados el estímulo y el « aliciente de su presencia, con el Napoleón de la der- « rota y de la fuga, con el Napoleón del Eliseo, á donde « se habia refugiado pronunciando así su abdicación « anticipada, con el Napoleón de la Malmaison que « busca llorando consuelos en la amistad de la reina « Hortensia, con el Napoleón que no se atreve á ad- « mitir ninguno de los partidos que sus amigos le hi-

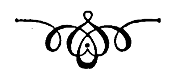
« cieran para salvarle, y que por último se entrega sin « seguridades ni garantias en manos de sus enemigos « los ingleses?—En nada; y esto nos demuestra que « el hombre en cierta edad, en cierta disposición del « alma cansada, cansancio que se mide más que por « los años acumulados sobre nuestras cabezas, por « las esperiencias dolorosas que ha atesorado el co- « razón, se concentra en si mismo y solo deja oir so- « nidos lastimeros semejantes à los del arpa del bardo « en las montañas de Morven».

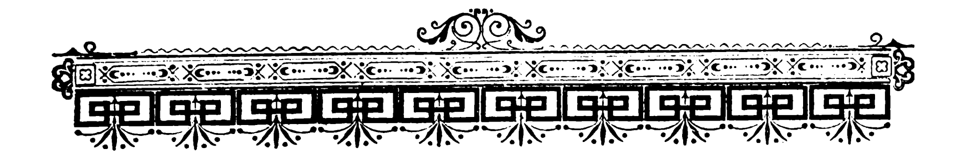
La batalla de Waterloo no será pues, jamás, ante la gente sensata, un argumento sério, juicioso y aceptable en contra del episodio de las charreteras de don Manuel Oribe.

Para sintetizar el apéndice y concluir este capítulo, diremos que á nadie más que al folleto y al doctor Ramirez les hubiera convenido tener en cuenta el texto de Salustio que pone en su principio el apéndice y que á su cabeza es una contradicción más, una aberración y una severa y evidente condenación de si mismo.

Dice así el autor latino invocado por el apéndice: « Todos los que tratan de asuntos dudosos deben *es-* « *tar exentos de ódio*, de amistad, *de cólera*, y de « compasión».

¡Qué lástima que no hayan recogido esa lección esos escritores!





XXII

LA TRADICIÓN ORAL

Hay que tener en cuenta que en todo lo que llevo dicho para probar la exactitud, la probabilidad, la verosimilitud, la posibilidad, la certeza, y la verdad del hecho de llevar don Manuel Oribe charreteras en Ituzaingó y del episodio de arrancárselas, así como para demostrar la insensatez de negarlo ó de dudarlo, no he recurrido á una fuente que en este caso es irrecusable; y esa fuente es la tradición oral. La tradición es evidentemente sospechosa tratándose de tiempos remotos y puede rechazarse ó discutirse cuando alterada por la superstición solo puede haberse trasmitido entre ignorantes, ilusos, ó espíritus dominados por los absurdos de las falsas religiones. Pero cuando la tradición ha tenido su cuna en un hecho evidente como la batalla de Ituzaingó, cuando el acto que da lugar á ella se ha realizado ante infinidad de testigos presenciales que hasta ayer estaban vivos y la trasmitían; cuando la tradición ha venido pasando de generación en generación

entre personas sanas y sensatas: dudar de ella es temeridad, negarla es locura, insistir en la negativa majadería insensata; porque la tradicción en ese caso tiene una evidencia y una exactitud indudable persuasiva indiscutible.

Mas en ciertos casos la tradición es la única fuente histórica de ciertos hechos en los que la humanidad cree con tanta ó mas certeza que si hubieran sido escritos, y que por determinadas circunstancias no se les dió otro medio de trasmisión histórica. Voy á citar solamente dos hechos por vía de comprobación.

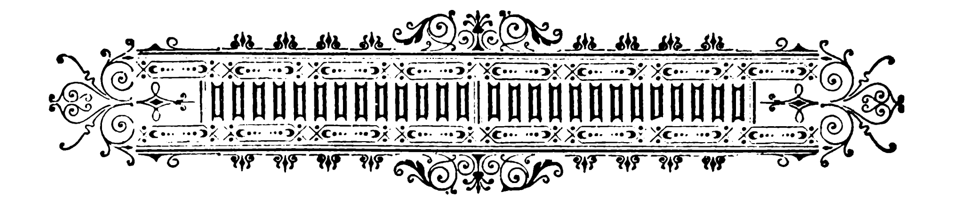
Durante la guerra grande existía un barquero que se ocupaba en conducir del puerto de Montevideo al del Buceo á los que querían desertar de la plaza. El hombre era disimulado, se fingía unas veces pescador y otras bucetero, y así durante bastante tiempo pudo prestar sus servicios á los que deseaban desertar; pero al fin lo supo el gobierno de la defensa, comisionó á un oficial que se fingió desertor y engañó al barquero. Convinieron en la salida y á poco de hacerse á la vela, el barquero en un descuido fué asesinado á puñaladas por el oficial. Este hecho solo se sabe por tradición, pero nadie duda de ella y se tiene á su respecto tanta certeza como de el asesinato de Mariño de el de Pantaleón Perez ó de el de Cárlos Soto.

Vamos al otro caso ofrecido. Proverbiales son las exacciones de que Lamas y Pacheco hacían víctimas á los habitantes de Montevideo durante esa misma época de la guerra grande. Los citaban á la policía y los recibían en un cuarto oscuro, amueblado con una mesa cubierta con un paño fúnebre y llena de calaveras, alumbrado por hachones, rodeado de esqueletos, y deco-

rado con un cuadro representando el fusilamiento de Baena, y allí en medio de aquel siniestro aparato se les notificaba que eran acusados de connivencias con el jefe del ejército sitiador. Ante las negaciones lógicas y naturales de las víctimas inocentes é indefensas, Lamas y Pacheco, esas dos columnas de la libertad, les replicaban: « el gobierno de la defensa tiene todas las « pruebas, pero no quiere derramar sangre de orien- « tales; la defensa necesita tantos miles de pesos, el « gobierno sabe que usted es pudiente, entregueselos « usted y en compensación de su sacrificio se le perdo- « nará su delito, de lo contrario será usted militar- « mente juzgado y castigado.»

Estos hechos no los han escrito los historiadores del partido de la titulada defensa, ni don Andrés Lamas en sus obras, pero los trasmitieron los padres á sus hijos, y los blancos víctimas de esas infamias y los imparciales honrados indignados con procederes semejantes, los relataban en el seno del hogar; y así se ha trasmitido por tradición esa horrenda y verídica historia; aun que algun excéntrico pretenda negarla porque en los papéles truncos de su archivo no encuentre que lo haya dicho Juan en tal pamplina ó Pedro en tal otro macanazo; con, ó sin, pié de imprenta.





XXIII

CONTRADICCIONES DELIRANTES

El doctor Cárlos María Ramírez reconoce la existencia de charreteras en los hombros de don Manuel Oribe y la verdad del episodio de arrancárselas en presencia del enemigo y en lo más recio del combate para restablecer el órden momentáneamente alterado entre sus soldados en lo más crudo de la batalla de Ituzaingó, y se desprende de sus escritos que considera una insensatez digna del desprecio la versión mas que partidista, enconada personal estúpida é infame, que desacreditada y sin prosélitos atribuye al miedo el acto de arrancarse don Manuel Oribe esas bien ganadas insignias. Todo esto lo reconoce el doctor Ramírez, bien á su pesar, pero lo reconoce. Luego despues por una aberración que solo el fanatismo político y la pasión de partido esplican, trata al mismo tiempo de ver si encuentra en los puntos de su pluma el medio de empequeñecer el hecho que no ha podido

negar, y cuya grandeza ha tenido paladinamente que reconocer. Es decir, se ve en la necesidad de confesar ante la fuerza de la evidencia una heroicidad innegable; y á pesar de reconocerla trata en seguida de amortiguar su resplandeciénte gloria á los impulsos contradictorios de la pasión.

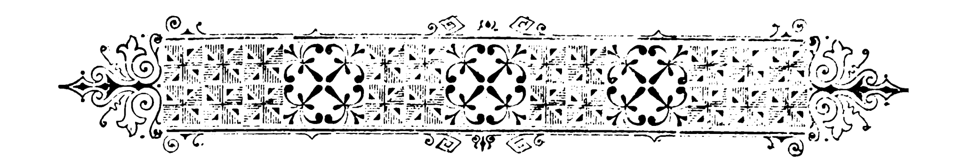
No hubieron cuadros rotos en Ituzaingó dice. Eso no es cierto. Y el que ha respetado y reconoce la verdad de la tradición debería reconocerla también en este punto. Sin los cuadros que se rompieron hubiera sido imposible la victoria y hubiera sido imposible la toma de los innumerables trofeos que se tomaron. Hubieron cuadros rotos en Ituzaingó, por el empuje del ardor de los patriotas, y los hubo rotos por don Manuel Oribe. «Sue-« ñan, dice, los que presentan al general Oribe rompiendo « cuadros después de haber reorganizado sus fuerzas « por el efecto mágico de las charreteras.» Es decir que sueñan los que se imaginan á don Manuel Oribe tal como él mismo lo reconoce y lo presenta. Pero en su contradicción despues del honroso reconocimiento que ha hecho de la grandeza del acto, se subleva su partidismo y quiere sostener el absurdo de que la batalla de Ituzaingó pudo ganarse derrotando parte de la caballería enemiga y yendo á morir los patriotas, como le aconteció á Brandzen, ante las filas inconmovibles de los infantes enemigos. Eso sí que es soñar, pretender que se puede triunfar y obtener victorias decisivas suicidándose.

« Deliran, dice, los que le han llamado en un ani-« versario reciente *vencedor de Ituzaingó* como si « hubiera sido general en jefe, ó tenido à lo menos « una intervención decisiva y principal en el éxito de

« la batalla ». No puede ser mas directa la alusión à los que como se sabe formamos parte de la comisión directiva de esas honras de reconocimiento y justicia así como al pueblo que se asoció á ellas; mal fundada alusión que también viene á justificar esta defensa. Es verdaderamente pasmoso que un hombre de la ilustración del doctor Ramirez estampe que es indispensable ser general en jefe para merecer el renombre de vencedor. Lo fué don Manuel Oribe porque perteneció al número glorioso de los vencedores, que no solo el general en jefe sino todos los que pelearon y vencieron lo fueron en Ituzaingó. Sobre todo, también por la segunda parte de lo que él exije, por la importantísima participación, que quieras que no quieras, tuvieron los orientales y principalmente don Manuel Oribe en la victoria. Mucho mas acertado, gramatical, y generoso fué el orador antiguo cuando dijo: « En todo comba-
« te es forzoso que unos sean vencidos y otros sean
« vencedores; pero no vacilo en asegurar que los que
« mueren de ámbas partes en el campo de batalla no
« deben comprenderse en la derrota, y que todos ellos
« participan igualmente de la victoria ». Qué léjos estaba, pues, el gran Demóstenes de restringir el nombre de vencedor solamente al general en jefe. Un distinguido hombre público en una ocasión en que se pretendía singularizar honores en un triunfador, recordaba en un parlamento europeo el siguiente caso de un soldado raso que en la antigüedad procedió con mas liberalidad decencia é independencia que el doctor Ramirez. « Habiendo reclamado un general antiguo
« después de una señalada victoria una corona de oli-
« va, un soldado se levantó y le dijo » : « cuando tú

« solo hayas peleado y vencido, entónces te concede-
« remos ese honor». Tal así, si el general Alvear hubiera reclamado para sí solo el título de vencedor podrían haberle dicho igualmente los valientes que pelearon y vencieron en Ituzaingó, y nadie mas autorizado para ello que don Manuel Oribe por su actitud heróica y el contingente decisivo que aportó en los momentos mas difíciles y en los puestos de mas importancia y peligro al éxito de la batalla.





XXIV

TEATRAL

Pero á pesar de reconocer el doctor Ramírez, como no puede menos que hacerlo toda persona imparcial, el valor de don Manuel Oribe, la verdad del hecho y el efecto que produjo, en una nueva contradicción á que lo induce su partidismo lleva á mal el que se crea que Oribe realizó un acto teatral, después que como tal él mismo no ha podido menos que relatarlo. De lo sublime á lo ridículo no hay mas que un paso, y si es á veces ridículo presentar en el teatro escenas propias de un campo de batalla, es sublime presentarse en el campo de batalla rodeado de las mayores dificultades y de los mas grandes peligros, teniendo la sangre fria, el talento y el heroismo necesarios para realizar en medio de la sangre, de las balas, de la lucha y de la muerte, escenas que producirían la admiración y arrancarían los aplausos en el mismo teatro. Tomar el campo de batalla por un teatro, la presencia de los enemigos por actores, el ronco tronar de los cañones por aplausos y

el silbido de las balas por aprobaciones: es circunstancia que exige mucha serenidad, mucho valor y mucho patriotismo, y el que llega à realizarlo así, no podrá menos que ser admirado y reconocido como un valiente entre los valientes.

El mismo doctor Ramirez reproduce los datos para el juicio; y luego dice: se lo figuran de una manera teatral.—Y ¿qué hay con eso?—¿Porque el hecho sea en sí teatral deja por eso de ser exacto y verdadero?—Jamás se había hecho semejante aseveración para negar la veracidad de la historia. Al contrario, la historia á través de los siglos ha conservado rasgos análogos al de don Manuel Oribe, teatrales, y á la vez llenos de sublimidad. Leonidas resistiendo en las Termópilas con trescientos espartanos al ejército de Jerjes y contestando al heraldo que de parte del rey persa le intimaba la entrega de las armas: *Ven á tomarlas,* se presenta de una manera teatral y sin embargo ha merecido la admiración de los siglos. Mucio Scévola estendiendo sobre la hoguera la mano que erró el golpe y mató á un inocente es un héroe teatral. Catilina y Espartaco matando sus caballos antes de la batalla y diciendo á los soldados que si vencedores los encontrarían muy buenos entre los enemigos y que si vencidos no los necesitaban, realizaron actos teatrales que ha conservado con respeto la humanidad en los fastos del valor y del heroismo. Napoleón tomando la bandera en Arcole con el objeto de decidir á los soldados al ataque y gritando que lo siguieran, se presenta de una manera enteramente teatral, lo que no impidió que ese hecho fuera puesto por los cuernos de la luna por el entusiasmo de los franceses. Hernán Cortés no insultó á

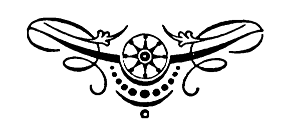
sus soldados con el hecho de incendiar sus naves para forzarlos á combatir sin dejarles otra esperanza de salvación, pero realizó un acto á todas luces teatral. Enrique IV al notar el temor de algunos caballeros en un momento de peligro, les dice: « Señores, si perdeis de « vista vuestros estandartes y vuestras banderas « guiaos por mi penacho blanco; lo encontrareis siem- « pre en el camino del deber y de la gloria». Y picando su caballo se dirige contra el enemigo exhibiéndose de una manera enteramente teatral. Y entre nosotros los tres hermanos Valiente al matar sus caballos y pelear por su causa hasta morir, realizaron como Espartaco y Catilina un acto eminentemente teatral. Pero mas teatral todavía fué el del cuarto hermano que al asistir al sepelio de sus heroicos hermanos dijo: « Los entierran á los tres porque no estábamos los cuatro». Ese es un rasgo sublime digno de Corneille. Leandro Gomez en las ruinas de Paysandú en medio del incendio, de las bombas, de las balas y del estampido de los cañones, recorriendo las trincheras cabalgando en brioso corcel y envuelto en la bandera de la patria, es sublimemente teatral y eminentemente sublime. Y se quiere algo mas teatral que el mismo Napoleón en Egipto cuando su espada según el poeta:

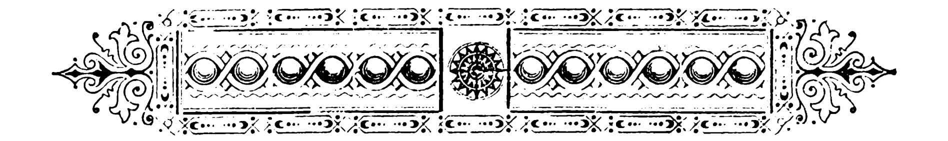
«Trazó fronteras, suprimió desiertos,
«Y que quizá de recibir cansada
«El homenaje de los reyes vivos,
«Fué á demandar en el confín remoto
«El homenaje de los reyes muertos».

Una gran planicie, en medio las pirámides mudas como si representasen el espectro de la anti-

güedad, en la llanura formado el gran ejército francés, á su frente Napoleón brillantemente uniformado sobre su caballo de guerra, y rodeado de su lujoso estado mayor, que se dirige á las tropas y les dice: «¡Soldados, desde lo alto de esas pirámides cuaren-« ta siglos os contemplan »! Lo teatral de este rasgo como de todos los demas que he citado en nada disminuye su grandeza ni su veracidad, y don Manuel Oribe, teatral también, pero sublime en un momento supremo de la lucha, desesperado como patriota, indignado como militar é inspirado como hombre de genio, será siempre para su nación un ejemplo digno de conservarse al lado de los que he recordado, y será siempre para los orientales el héroe inmortal de Ituzaingó.

Dice el doctor Ramirez que el tinte heróico y poético del episodio de las charreteras vivirá y que bueno es que viva para honor del país. Bueno es que viva sí, y tiene que vivir; pero de ninguna manera por las razones injuriosas que luego contradiciéndose á si mismo agrega el doctor Ramirez; sino porqué, ante todo, es una gran verdad, y luego por la honra, la gloria y el brillo que hace reflejar el heroísmo del ilustre guerrero sobre la patria que lo vió nacer y lo contó en el número de sus mejores hijos.





XXV

CONCLUSION

Compadezcamos, pero rechacemos las pretensiones y los esfuerzos de los que quieren perpetuar entre nosotros la acción letal, anarquizadora, envenenada y disolvente del antiguo partido conservador. Rechacemos las estravagancias de los que no encuentran ocupación en la verdadera historia, en la reforma política, y en la difusión de fecundas y moralizadoras ideas, terreno en que tanto hay que sembrar todavía en nuestro patrio suelo; y se ocupan con empeño antipatríótico y con iracundia injustificable y desairada, en tratar de negar nuestras glorias, de escarnecer nuestras grandes figuras y de calumniar á los mejores servidores de nuestra patria, sin objeto alguno; pues no lo hacen en provecho de un partido ni de causa noble alguna, y se exhiben empecatados en sembrar la zizaña sin mas fruto que cosechar la reprobación el desagrado y el ridículo; y demostrar para su propio daño su despecho, su envidia, su excentricidad sus pretensiones y su estravagancia.

El partido democrático de los Estados Unidos llamó la atención del mundo entero por haber permanecido próximamente treinta años luchando en la oposición sin entregarse al adversario; y al fin recuperó el poder debido á sus esfuerzos realizados á la sombra de sus instituciones, mas respetadas que las nuestras, y de principios que allá no se falseaban tan escandalosamente como aquí, Nosotros pertenecemos á un partido histórico y respetable que ha dado grandes dias de gloria á la patria, que ha formado puede decirse nuestra nacionalidad, y que ha demostrado altamente en sus gobiernos que nuestra constitución y nuestras instituciones escritas son perfectamente prácticas y susceptibles de honrosa exacta y patriótica aplicación á la vida política de la república para garantía y salvación de su libertad, de su legalidad y de su derecho. Las tradiciones de Artigas y de los Treinta y Tres son tradiciones blancas que á nuestro partido respondían y los gobiernos de Lavalleja, Oribe, Giró, Pereira y Berro la continuación de esas gloriosas tradiciones nacionales. No sé si la actitud del partido blanco habrá llamado la atención del mundo por la independencia que el grueso de nuestra asociación política ha mantenido en su proscripción de treinta años; pero si puedo asegurar que esa digna actitud ha sido objeto de admiración y de respeto por parte de algunos estadistas argentinos, y me permito suponer que otro tanto sucederá en las demás repúblicas de Sud América donde existan hombres que se preocupen de la existencia, marcha y vida política de los demas pueblos de una misma raza, de una misma habla, con idénticas aspiraciones de forma política, y con destinos comunes en

su orígen y análogos en sus fines anhelos y tendencias.

Nuestra gloriosa colectividad política y sus hombres eminentes han sido muy calumniados; y nuestros hombres públicos titulados dirigentes y los que pretenden serlo, han incurrido en la censura, merecida ó no, de haber mirado con impasibilidad los injustos ataques y no haber opuesto las armas de la propaganda de la difusión de las ideas, y de la legítima defensa á las torpes é interesadas calumnias. Estos últimos tiempos, calmadas las pasiones, habiendo aparecido documentos que derriban por su base las mentiras y las imposturas, y habiéndose hecho la luz sobre muchos puntos históricos, se ha empezado á levantar el velo que ocultaba la verdad, y es insensatez completa y es revelar ignorancia vergonzosa y porfía tonta é inconsistente pretender renovar y sostener las diatribas y las falsedades de otras épocas de oscuridad y de tinieblas, después que la aurora de la defensa y de la discusión y el sol reparador de la verdad y del esclarecimiento han reducido á su nivel de verdugos de impostores y de salteadores á muchos titulados autoridad literaria y política al amparo del oscurantismo, y han tratado de levantar á su verdadera altura á los verdaderos héroes calumniados vilipendiados y proscriptos del agradecimiento popular.

A la juventud toca ahora continuar haciendo retrogradar á la intransigencia, á la mentira, á la imbecilidad y al sofisma, y como los trescientos espartanos de las Termópilas debe sostener las posiciones obtenidas en el campo antes ocupado por la criminal y mistificadora propaganda, defendiéndolas como nos enseñaron

siempre con su ejemplo los grandes orientales: paso á paso, dedo á dedo, y línea á línea.

No vacilemos. Anhelamos gobierno de instituciones y no gobierno de partido, anhelamos el bien estar del país y sabemos que esto no se consigue con política estrecha, sino con política eminentemente nacional. Entre tanto agrupémosnos al rededor de las columnas que dejó en pié nuestra gloriosa historia, levantemos en alto los títulos que nos legaron nuestros antecesores con sus sacrificios y con sus martirios por la patria, confundámosnos en la comunidad de grandes y elevados pensamientos, de generosos sentimientos y de profundas convicciones; condenemos terminantemente, ya se nos presente disfrazado enlodado ó dorado, el canallaje político; y agitemos de uno á otro confin de la República la gloriosa bandera blanca y celeste de nuestra colectividad política, y esperemos tranquilos el triunfo de la verdad de la moral y de la honradez, porque con tan grandes recuerdos, con tan fundados propósitos y con tan nobles y grandes aspiraciones, el triunfo de la república y de la libertad será indudablemente seguro y eterno.



INDICE

FÉ DE ERRATAS MAS NOTABLES

Página	Línea	Donde dice	Debe decir
36	13	no sea consignada	no sean consignados
50	6	dal movimiento	del movimiento
59	7	á acaparadores	y acaparadores
84	15	aspas	aspa
100	3	tradicción	tradición.

